

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

NI MUERTO
TE OLVIDARE

*Lou
Garrigan*



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

El taxi se detuvo, y el conductor se volvió hacia su pasajero, sonriendo amablemente.

—*Sono arrivato, signore*—informó.

El pasajero pareció no oírlo. Asomado a la ventanilla derecha de atrás contemplaba pasmado la hermosa villa frente al mar. Un muro por cuyo borde rebosaban flores y enredaderas la protegía de la posible invasión y sobre todo de las miradas de los curiosos, excepto justamente donde se había detenido el taxi, delante mismo de las verjas de hierro forjado.

Por entre esas verjas podía verse el amplio jardín, numerosos pinos, y el sendero asfaltado que conducía a la casa, que no se veía desde allí. Una quieta mañana resplandeciente de sol contribuía a embellecer el lugar. Por fin, el pasajero movió la cabeza, y miró al taxista.



Lou Carrigan

Ni muerto te olvidaré

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1639

ePub r1.0

Lds 15.02.19

Título original: *Ni muerto te olvidaré*

Lou Carrigan, 1982

Cubierta: Desilo

ePub modelo

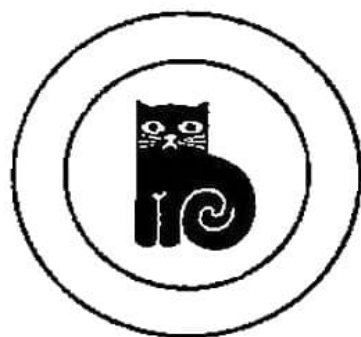
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El taxi se detuvo, y el conductor se volvió hacia su pasajero, sonriendo amablemente.

—*Sono arrivato, signore* —informó.

El pasajero pareció no oírlo. Asomado a la ventanilla derecha de atrás contemplaba pasmado la hermosa villa frente al mar. Un muro por cuyo borde rebosaban flores y enredaderas la protegía de la posible invasión y sobre todo de las miradas de los curiosos, excepto justamente donde se había detenido el taxi, delante mismo de las verjas de hierro forjado.

Por entre esas verjas podía verse el amplio jardín, numerosos pinos, y el sendero asfaltado que conducía a la casa, que no se veía desde allí. Una quieta mañana resplandeciente de sol contribuía a embellecer el lugar. Por fin, el pasajero movió la cabeza, y miró al taxista.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó en inglés.

—*Prego, signore. Sono arrivato: qui.*

Dicho esto, el hombre se apeó, fue a abrir el portaequipajes, y sacó la única maleta del pasajero que había tomado en el aeropuerto Leonardo da Vinci, en Fiumicino. Veinticinco kilómetros de agradable viaje hasta Ladispoli, bien diferentes a meterse en las calles de Roma. ¿Por qué demonios todos los viajeros que llegaban al aeropuerto querían que los llevase a Roma? Menos mal que, de cuando en cuando, muy de tarde en tarde, había quien no deseaba ir a Roma. Estaba hasta las cejas de Roma.

El pasajero también se había apeado y continuaba mirando la villa. El taxista depositó junto a él la maleta. Un americano. ¡Si conocería él a los americanos...!

Y también de ellos estaba hasta las cejas. La mayoría se

esforzaban en demostrar que no eran tontos, y que no estaban dispuestos a dejarse engañar por un taxista italiano. Pero aquél no parecía el clásico desconfiado, así que el hombre pensó que pagaría sin rechistar las liras que iba a pedirle... Hizo rápidamente las cuentas, pasando las liras a dólares... Veinte dólares. Le iba a pedir veinte dólares.

Pero el americano no le dio tiempo a pedirle nada. Sacó unos cuantos billetes, separó dos de veinte dólares, y se los entregó, sonriendo.

—¿Está bien así? —preguntó.

—*¡Tante grazie, signore! ¡Bene, molto bene!*

Se guardó los billetes, hizo ademán para cargar con la maleta, y desistió en el acto al ver que su pasajero ya lo estaba haciendo. El americano guiñó un ojo, el taxista sonrió, se despidió muy satisfecho, y emprendió el regreso al aeropuerto.

El americano se quedó unos segundos allí, mirando el mar al otro lado de la avenida costera en la localidad de Ladispoli. Playas, turismo, chicas guapas, sol. Okay.

Se volvió, se acercó a las verjas, y pulsó el timbre situado en el lado derecho del gran arco de piedra. Diez o doce segundos más tarde vio aparecer al criado acercándose.

Calvo, cincuenta años, pantalones negros, chaleco listado en negro y rojo. Precioso.

El hombre llegó ante el viajero, y Quedaran separa dos por las verjas.

—¿Señor Yates? —preguntó—. ¿Es usted el señor Yates?

—En efecto.

—Le estábamos esperando —el mayordomo abrió las verjas—. El señor Bush tuvo que salir esta misma mañana hacia Roma para atender unos asuntos, pero nos advirtió que llegada usted. Pase, por favor.

Winston Yates entró, el hombre cerró las verjas y se hizo cargo de la maleta.

—¿Sabe usted cuándo volverá el señor Bush? —preguntó Yates.

—Nos aseguró que haría lo posible por estar en casa a la hora del almuerzo, señor. Mientras tanto, le ruega que le disculpe, y que se acomode en la casa. Tenemos preparada su habitación.

—Muchas gracias.

Echaron a andar los dos por el sendero. La casa quedó visible en seguida, apenas rebasaron un grupo de pinos. Grande, hermosa, blanca, con tejado ocre, encantadores balcones con toldos listados en negro y rojo. Winston dirigió una mirada de reojo al chaleco del criado, y sonrió divertido. Evidentemente, a Walter Bush le gustaban el negro y el rojo.

—¿Ha tenido usted buen viaje, señor Yates?

—Muy bueno, gracias.

—Deseamos que su estancia sea grata aquí. Si encuentra a faltar algo en su habitación sea tan amable de pedirlo y se lo proporcionaremos inmediatamente. —Es usted muy amable.

Había una piscina frente a la casa y hacia un lado. El sol hacía centellear las aguas. Pinos y más pinos. A la derecha, una explanada rodeada de pinos, cómo no, y que parecía destinada a estacionamiento de automóviles.

Winston vio a la muchacha cuando estaban ya muy cerca de la casa. Estaba tumbada en una extensible, tomando el sol, con una revista en las manos. Llevaba lentes de cristales oscuros. Ella tenía la cabeza vuelta hacia ellos, y de pronto se sentó en la silla extensible.

—¿Señor Yates? —llamó.

—Así es —asintió Winston, sin dejar de caminar.

—Venga, por favor. Tomaremos algo aquí... Enzo, lleva la maleta del señor Yates a su habitación, y envíanos algún refresco, ¿quieres?

—Con gusto, señorita.

—Hasta luego, Enzo —dijo Winston, desviando su marcha hacia la muchacha.

Se detuvo ante ella, que dejó la revista y le tendió la mano. Tenía una sonrisa preciosa. ¿Veinticinco años como máximo? Y el cuerpo era sencillamente una escultura de mórbida carne quemada por el sol.

—Hola —saludó ella—. Soy Lola Sánchez, ¿qué tal?

—Muy bien —aceptó Winston la manicurada mano—. Y encantado de conocerla, señorita Chánchez.

—Sánchez —rió ella—. ¡Sánchez, no Chánchez! Soy española.

—Lo siento —murmuró Winston.

—¿Siente que sea española? —exclamó ella.

—No, no. Lo del nombre... ¿Sánchez?

—Sánchez, sí. —Lola rió de nuevo, y señaló una extensible junto a la suya—. Siéntese.

Debe estar cansado del viaje, ¿no?

—En absoluto. Ha sido cómodo y agradable.

Naturalmente, Lola Sánchez estaba en bikini. Pero casi era como si no llevase nada. Los magníficos pechos se mostraban en todo su esplendor salvo los pezones, los cuales no eran demasiado difíciles de adivinar. La pieza cubresexos era todavía más diminuta, pero no desbordaba de ella el menor rastro de vello. Winston pensó con qué se debía afeitar la muchacha tan delicado lugar. No con navaja, ciertamente...

Demasiado riesgo. Bueno, una pequeña Ladyshave, claro.

—¿Le gusto? —preguntó Lola, quitándose los lentes.

Sus ojos eran grandes, negros, brillantes. Dos joyas.

—Muchísimo —admitió Winston.

—No deje de decírselo a Walter. A veces tengo la impresión de que estoy dejando de gustarle, y creo que si un hombre joven y guapo como usted le dice que yo le gusto su interés se reavivará.

—Es una buena técnica. ¿Es usted su esposa?

—Virgen santa... ¡No! ¿Cree usted que una chica como yo se casaría con un hombre de sesenta años? Soy su amante.

—Ah.

—Pero no hay problemas. Walter es viudo, así que nadie puede molestarle por nuestra... amistad.

—Lo celebro muchísimo. Habla usted muy bien el inglés.

—¿Verdad que sí? Había que hacerlo, ¿comprende? Una chica que quiera correr mundo tiene que saber inglés.

—Apuesto a que también habla francés.

—¡Naturalmente! ¿Y usted?

—Yo me defiende en algunos idiomas. No se lo diga a nadie, pero hablo el chino bastante bien.

—¡El chino! ¡Qué maravilla! Pero ¿por qué no he de decírselo a nadie?

—Es que no me gusta que la gente en general se entere de mis habilidades. Prefiero dar sorpresas.

—¡Oh! Oiga, ¿cómo se dice en chino «estás para comerte, guapo mozo»?

—Chin chan chon —informó muy serio Winston.

—Pues... ¡chin chan chon! —Lola se echó a reír con tal entusiasmo que Winston pensó que le iba a saltar la pieza superior del bikini—. Espero que esté entre nosotros el tiempo suficiente para enseñarme más cosas en chino.

—Será un placer. Mire, no es que me moleste, pero sí continúa usted riendo así se le va a saltar el sujetador.

—Vamos a solucionar eso. —Lola se lo quitó—. ¿Ve? ¡Ya no hay peligro!

—Tiene usted los pezones más grandes y hermosos de lo que yo había supuesto —informó Winston.

—¡Muchísimas gracias! Dígame una cosa: ¿por qué es usted tan alto, tan guapo y tan rubio?

—Para que usted pueda decirme chin chan chon.

Lola Sánchez volvió a reír, y Winston se quedó mirando el delicioso tremolar de sus turgentes pechos...

Y así estaban, riendo y tomando el sol, Lola con los pechos al aire, cuando llegó Winston Bush, el dueño de la villa. Abrió él mismo las verjas, llevó el coche al estacionamiento, y se encaminó hacia la piscina. Winston Yates le observó con atención, pero sin impertinencia... alto, buena figura, cabellos grises, ojos claros, tez bronceada... La buena vida mantenía a Walter Bush en óptimas condiciones, considerando su edad.

Lola corrió hacia él, se colgó de su cuello y le dio unos cariñosos besitos en la boca. Walter Bush sonreía. Winston pensaba que Lola Sánchez estaba mucho más chin chan chon que él. Podía hacerse rica vendiendo entradas para ver sus pechos moverse mientras caminaba. Apoteósico.

Ella le estaba diciendo Bush quién era Winston, que se había puesto en pie. Llevando a Lola abrazada por la cintura, Walter Bush se acertó a Winston, y le tendió la mano, con gesto cordial.

—Señor Yates, gracias por venir tan rápidamente. Y también por distraer a Lola. Dice que es usted muy simpático.

—No tanto como ella —sonrió Yates.

—Cierto —aprobó Bush—. Vivir con Lola es algo que le impide a uno morirse. Sería una imbecilidad dejarla sola. Bueno, veo que están tomando ustedes el aperitivo... ¿Tuvo buen viaje?

—Sí, gracias.

—Perdone que no haya estado aquí para recibirlo personalmente, pero no podía posponer cierto asunto en Roma.

—No se disculpe. Todos los asuntos de un hombre deben ser atendidos puntualmente.

—Sí —murmuró Bush, escrutando a fondo los grises ojos de Winston—. Sí, en efecto. —Walter— preguntó Lola, —¿has ido a Roma por algo relacionado con la fiesta?

—Entre otras cosas me he ocupado de eso, querida —dijo Bush—. Vamos a tener una fiesta aquí, señor Yates. Espero que tendrá ocasión de disfrutar de ella.

—Gracias por la invitación. Pero tal vez yo esté ocupado cuando se dé la fiesta, señor Bush.

—Hablabamos luego de todo eso. Ahora tomemos el aperitivo, almorcemos y después de que usted haya descansado un par de horas charlaremos los dos en mi despacho.

* * *

En el despacho se oía el levísimo zumbido del acondicionador de aire. Walter Bush estaba sentado tras su mesa y Winston Yates en un sillón frente a aquélla, leyendo unas páginas escritas a mano. De cuando en cuando, un destello de incredulidad, quizá de espanto, aparecía en las viriles facciones de Winston. Cuando terminó la lectura quedó inmóvil, con la mirada perdida, hierática. Por fin, reaccionó, y tendió los papeles a Bush por encima de la mesa. Bush los metió en un sobre de color tabaco, y se quedó mirando a Winston.

—¿Cree que deberíamos sacar fotocopias de esto? —murmuró. Winston respingó.

—No lo sé —dijo tras un titubeo—. ¡Por Dios, es la cosa más horrible que he leído nunca! ¿Fotocopias? No sé... Ya es demasiado que su amigo Morton Amberly se haya atrevido a decir por escrito una cosa así. Es una gran imprudencia, señor Bush.

—Sí, lo es. Lo que no entiendo de ninguna manera es qué se propone Morton Amberly con esto.

—¿Sabe él que usted ha leído esos papeles?

—No. Me entregó el sobre cerrado, y me dijo que se lo guardara un tiempo, dejando bien entendido que si a él le ocurría algo debía

enviarlo a la dirección escrita en el sobre.

—¿Y le ha ocurrido algo a su amigo Morton Amberly?

—Por ahora, no.

—Ah.

—Supongo que está usted pensando que no debí abrir el sobre, señor Yates, pero lo hice. Utilicé el viejo truco del vapor para despegar la solapa, y ya no lo volví a cerrar. Eso podemos hacerlo en cualquier momento, y Morton no se dará cuenta de que el sobre ha sido abierto.

—Desde luego. Pero dígame, señor Bush: ¿por qué abrió usted el sobre? No parece adecuado en un caballero como usted.

—Cierto. ¿Por qué lo abrí? Por dos razones, ambas comprensibles. Una de ellas, la curiosidad. Cada vez que abría mi caja fuerte —señaló por encima de su hombro hacia la pared tras él— y veía el sobre me preguntaba qué contenía. Pero seguramente nunca lo habría abierto de no haber mediado otra circunstancia: desde hace unos tres meses mi amigo Morton está ingresando importantes cantidades en mi cuenta corriente en un banco de Roma.

—¿Qué cantidades?

—Siempre diez mil dólares. Ya me ha ingresado treinta mil... Naturalmente, la primera vez que lo hizo llamé a Morton a Nápoles para preguntarle por qué lo había hecho. Me contestó que no podía decírmelo de momento, pero que por favor fuese aceptando aquellas cantidades, y que ya me lo explicaría todo cuando llegase el momento.

—Y usted relacionó esos ingresos de diez mil dólares en su cuenta con el sobre que Amberly le había dado para guardarlo en su caja. Finalmente, al ser informado por su banco del tercer ingreso, no pudo contener más su curiosidad y abrió el sobre.

—Sí. Francamente, señor Yates, presiento algo... inquietante en este asunto.

—Quizá no debió aceptar usted seguir el extraño juego del señor Amberly.

—Bueno... No era tan fácil negarme. Morton y yo estuvimos bastante tiempo juntos durante la guerra —sonrió irónicamente—. Le estoy hablando de la Segunda Guerra Mundial, claro; usted ni siquiera había nacido entonces. El hecho es que Morton y yo

estuvimos juntos en varias ocasiones, y nos hicimos grandes amigos. Eso es normal, en la guerra... Un amigo de la guerra, señor Yates, es algo... muy entrañable.

—Eso tengo entendido. —Winston señaló el sobre de color tabaco que todavía sostenía entre sus dedos Walter Bush—. ¿Usted no participó nunca en una de las cosas que se explican ahí?

—¡Claro que no! —Palideció Bush—. ¡Dios mío, no, nunca! Y jamás habría pensado que Morton hubiera... intervenido en una cosa así. ¡Y todavía no puedo creerlo!

—Debería usted creerlo, pues lo ha escrito el propio señor Amberly. ¿Está usted seguro de que ésa es su letra?

—Segurísimo: Cuando terminó la guerra nos separamos, pero estuvimos escribiéndonos con frecuencia, y nos veíamos varias veces. Luego, él se vino a Italia, hará de eso unos nueve años, y tiene ahora negocios en una compañía marítima de Nápoles. Nos enviábamos postales por Navidad, ya sabe. Cuando yo cumplí sesenta años decidí retirarme, viajé un poco... Finalmente, tuve la oportunidad de comprar esta casa, y me instalé aquí. Es un sitio tranquilo, soleado... Naturalmente, recordé que Morton estaba en Nápoles, así que le llamé por teléfono, luego fui a verle... Estábamos los dos contentísimos. En estos dos últimos años nos vemos con frecuencia, aquí o en Nápoles, a veces coincidimos en Roma... Y finalmente, él me propuso que le guardara este sobre y comenzó a ingresarme dinero en mi cuenta.

—Y no le quiere explicar de qué se trata.

—Me aseguró que me daría la explicación en su momento. La verdad, no he podido negarme a esto, pero cuando abrí el sobre y leí estas páginas... me asusté.

—Con motivos —murmuró Winston—. Bien, señor Bush: ¿qué es lo que espera usted de nosotros, qué desea usted que yo haga?

—Señor Yates, cuando yo pedí ayuda me aseguraron que me iban a enviar a la persona adecuada para prestarme esa ayuda. Según entiendo, un hombre como usted puede resolverlo todo.

—No exageremos —sonrió Yates.

—Si le han enviado a usted es que puede hacerlo. Claro, yo podría simplemente cerrar el sobre, devolvérselo a Morton, devolverle también los treinta mil dólares, y olvidar el asunto. Pero... temo complicar las cosas si hago eso incluso temo que

podría perjudicar de algún modo a Morton, y no quisiera eso, de ninguna manera. Sin embargo, yo no estoy tranquilo. Y no sé qué hacer. Por eso pedí ayuda..., y le han enviado usted. Así que, por favor, dígamelo usted: ¿qué hago..., qué hacemos?

—Déjeme pensarlo. Mientras tanto, vuelva a guardar ese sobre en su caja fuerte. Pero sin cerrarlo. Como usted bien ha dicho, de eso siempre estamos a tiempo, en cambio quizá quedarían demasiadas señales si lo abriésemos una y otra vez. Déjeme pensarlo.

—Bueno... ¿Mucho tiempo?

—No se preocupe —sonrió Yates—, no abusaré mucho tiempo de su hospitalidad. Aunque según recuerdo, me invitó usted a cierta fiesta, ¿no es así?

CAPÍTULO II

Hasta la noche de la fiesta, que fue la segunda después de su llegada, Winston Yates había estado convencido de que no iba a ver en Italia una muchacha más bonita que la española Lola Sánchez.

Se equivocó.

Claro que todo es una cuestión de gustos, pero en cuanto vio a la otra chica cambió de opinión, y quedó tan fascinado que no había conseguido apartar los ojos de la belleza que había derrotado a Lola.

Llegó en un Mercedes serio y elegante, magnífico y sumamente discreto. Pero en cuanto ella se apeó, fue como si se encendieran más luces en el jardín, y la discreción del automóvil no sirvió de nada. Alta, con un cuerpo fino y suavemente curvado de una blancura insólita que contrastaba con su vestido de noche, negro y escotadísimo. También sus cabellos eran negros, largos, impresionantes. En el rostro destacaba el rojo de la boca expertamente maquillada. ¿Los ojos? Winston no estaba lo bastante cerca para poder ver de qué color eran, pero sí que eran enormes. Enormes, rasgados, centelleantes.

Hubo una pequeña avalancha hacia ella, encabezada por Walter Bush, y Winston oyó las suficientes veces las mismas palabras para comprender que se referían a la muchacha, y que ella era Paula Merli, actriz cinematográfica. Desde lejos vio su sonrisa y oyó su nítida risa, y sintió un escalofrío. Sin embargo, consiguió contener su impulso de acercarse, pensando que no quería ser uno de tantos bobos hechizados por la muchacha.

En el jardín se había instalado un bufet donde se servían canapés y bebidas, y Winston se instaló allá, con una copa de champaña en la mano. Paula Merli saludaba a mucha gente desde

lejos, alzando un brazo. Un brazo que era como un grito de la carne para Winston Yates: blanco, redondo, satinado, perfecto.

Bush había contratado una pequeña orquesta, y los invitados bailaban cerca de la piscina; es decir, los que no iban a robar una sonrisa o una demoledora mirada de Paula Merli. Winston comenzó a tenerle un poco de antipatía. Era demasiado guapa y demasiado diosa. Los hombres giraban a su alrededor como insectos en torno a una luz, y ella lo aceptaba con risas y posturitas. Al demonio con ella.

Miró su reloj. Ciertamente, la tal Paula Merli había llegado la última, lo que quizá podía disculparse aceptando que ella debía creer que debía hacerlo así. ¡Habría sido inadmisible que una gran estrella llegase puntual a una fiesta!

Pero Morton Amberly, el amigo de Walter Bush, no era una actriz de cine, así que no tenía por qué llegar con retraso. O al menos, con tanto retraso. A instancias de Winston, Walter Bush había llamado a Nápoles a Amberly, invitándolo a la fiesta, y Amberly había aceptado. Sin embargo, todavía no había llegado...

—¿Te estás aburriendo?

Winston miró hacia su izquierda y sonrió a Lola, que le miraba con aquella maliciosa y simpática expresión.

—Claro que no. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque te he visto varias veces mirando tu reloj, y se diría que tienes prisa porque termine la fiesta... ¡que apenas ha comenzado!

—Me encantan las fiestas —aseguró Winston—. Especialmente, si hay en ella preciosidades como tú.

—¿Te gustaría que nos fuésemos a la cama mientras los invitados retozan aquí?

—Bueno, vamos.

Lola Sánchez se echó a reír.

—¡Sé que no lo harías! —exclamó—. Y sabes que yo tampoco. Los dos somos alegres, pero serios. ¿Me comprendes? Quieto decir que ni tú ni yo somos de los que hacemos cochinas a la gente. Walter es un hombre cariñoso, amable y generoso, y tú eres su invitado y yo su amante. ¡Estaría muy feo que nos acostásemos juntos!

—Si era para dormir, no —sonrió Winston—. Aunque sinceramente, Lola, ningún hombre se dormiría a tu lado.

—¡Qué amable eres, Winston! Pero todavía no me has dicho si me encuentras bonita esta noche. ¿Y mi vestido? ¿Qué dices de mi vestido?

—Sensacional. Pero no te muevas mucho, o los invitados te van a ver los pezones. Y otra cosa: no te he dicho bonita, pero sí preciosidad. ¿No es cierto?

—Es cierto. Es una lástima que los dos seamos personas tan serias, ¿verdad? Pero podría cambiar de amante. ¿Te gustaría a ti ser mi amante?

—¡Ya lo creo que sí!

—Gracias, cariño. Pero... ¿podría mantenerme como lo está haciendo Walter?

—Me temo que no.

—La perfección no existe —suspiró Lola.

—Sí existe. O casi. Tú misma, por ejemplo. Te he estado observando en tus relaciones con Walter, y me he dado perfecta cuenta de que no le amas... apasionadamente, pero sí que le tienes mucho y sincero cariño. De modo que no te hagas la frívola conmigo.

—Eres muy observador —susurró Lola—. ¡Bueno! ¿Quieres bailar conmigo o no?

—De acuerdo. Pero no me pongas cachondo, por favor.

Lola volvió a reír, y se colocó entre los brazos de Winston en cuanto éste dejó la copa. Se apretó suavemente contra él, que miró el escote y reprendió:

—Lola, Lola...

—¿Me aprieto demasiado contra ti? Bueno, no te preocupes, no voy a enfadarme si reaccionas... temperamentalmente. De todos modos, para evitarte malos pensamientos podemos hablar de cosas que no tengan nada que ver con el sexo.

—¿Por ejemplo?

—De ti. ¿Qué has venido a hacer en Italia?

—Tomar el sol.

Lola Sánchez se quedó mirando fijamente los grises ojos del americano.

—Sé que tienes algo que ver con la preocupación de Walter. No, espera, Winston, no me digas mentiras... He comprendido que eres amigo de él, o que cuando menos estás de su parte. Pero él está

muy preocupado. ¿Qué es lo que ocurre?

—De modo que te has echado en mis brazos para sonsacarme.

—No quisiera que a Walter le ocurriese nada malo.

—Tranquilízate. En cuanto a eso de que está preocupado, yo diría que estás bastante equivocada.

Winston señaló con la barbilla, giró un poco, y Lola vio entonces a Walter Bush bailando con Paula Merli, la actriz, ambos encantados de la vida, al parecer. Paula Merli rió de pronto, y Lola frunció el ceño.

—Vaya... ¡Ya está la vampiresa tendiendo sus redes!

—¿Temes que te robe el amante?

—¿Crees que podría hacerlo?

—Pues no sé, pero hay que admitir que esa jovencita está de miedo. Sin embargo, si yo fuese el señor Bush te preferiría a ti.

—¡Te adoro, Winston! —rió Lola—. Pero dime por qué.

—Porque no creo que esa chica tenga unos pezones tan hermosos como los tuyos. —Espero que tengas, razón. ¡Pero no estoy dispuesta a permitir que Walter lo compruebe!

Lola evolucionó rápidamente, casi desacompasado a Winston, y cuando éste vino a darse cuenta estaban bailando junto a Bush y Paula Merli.

—Walter, cariño —dijo melosamente Lola—, tengo algo que decirte ahora mismo. ¿Se conocen ustedes? Paula Merli, Winston Yates... ¿Se molestará alguien si cambiamos de pareja?

Winston Yates, estupefacto, se encontró con Paula Merli en los brazos. Tenía los ojos azules.

—Encantada de conocerle, señor Yates —dijo ella, en buen inglés—. ¿Es usted americano?

—Sí... Sí. Yo también estoy encantado de conocerla.

—Gracias —rió Paula—. Aunque la verdad, no me ha parecido usted muy sociable.

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió Winston.

—Le he estado observando, tan solo y serio, con una copa en la mano, como si no sintiera interés por ninguna cosa.

—Ya. ¿Quizá debí correr a pedirle un autógrafo a usted?

—No firmo autógrafos en las fiestas.

—Menos mal.

—Eso no es muy amable por su parte, señor Yates.

—Cierto, no es muy amable. Pero me gustaría que me dijera usted qué podría hacer yo con un autógrafo suyo.

—Coleccionarlo, tal vez.

—Ah —sonrió Winston—. Un autógrafo de usted no puede formar parte de una colección, tiene que ser algo único.

—Ahora sí es usted amable.

—Pero sigo sin saber qué podría hacer con su autógrafo.

—Podría ponerlo en un marco, y dentro de unos cuantos años decirle a sus nietos: ¿veis? ¡Yo conocí a Paula Merli, y hasta me firmó un autógrafo!

—La idea es buena, pero a decir verdad yo preferiría decirle a mis nietos algo así como... ¿Veis? Esta señora arrugada es Paula Merli, vuestra abuelita.

La muchacha quedó atónita un instante. Luego se echó a reír de buena gana.

—¡Eso es una proposición de matrimonio! —exclamó.

—No me parece indispensable casarse para tener nietos. Bastaría con un apasionado idilio.

Paula Merli se quedó mirándolo con creciente curiosidad.

—No me toma usted en serio, ¿verdad? —murmuró.

—No demasiado.

Ella parpadeó y no contestó. Winston pensó que tal vez se había excedido un poco, pero ya estaba hecho. Se dio cuenta de que Paula Merli no olía a nada. Es decir..., a carne tibia. Sus senos no eran tan desarrollados como los de Lola, pero tenían un contorno precioso y delicado. Los hombros preciosos también, y la garganta le pareció a Winston sencillamente divina...

—Adiós, señor Yates.

—¿Eh...? Oh, si —el baile había terminado sin que Winston se diese cuenta—. Ha sido un placer conocerla, señorita Merli.

—¿De verdad?

—El lo que siempre se dice, ¿no? —La soltó, y bajó un milímetro la cabeza—. Discúlpeme, por favor.

—Está disculpado.

Winston se alejó, pasando muy cerca de Walter Bush, al que miró breve pero significativamente. Bush contestó con un parpadeo, se disculpó con Lola, y se fue tras él hacia el bar. Junto a Winston pidió también una copa de champán.

—No lo entiendo —murmuró—. Morton debería estar ya aquí. No puedo creer que se haya retrasado tanto.

—Quizá en ningún momento pensó venir, señor Bush.

—Eso es absurdo. Cuando le llamé y le dije lo de la fiesta me pareció encantado, y me agradeció mucho que me hubiera acordado de él.

—Supongo que es una tontería por mi parte preguntarle si le dijo usted algo del sobre y del dinero.

—Claro que no hice semejante cosa. Simplemente, le dije que tenía una fiesta en casa y que me gustaría que viniera. Pareció encantado de veras.

—Pues tal como están las cosas empiezo a temer que no voy a tener oportunidad de charlar discretamente con su amigo Morton Amberly, tal como habíamos planeado. No sé por qué tengo el presentimiento de que él se ha olido algo. Y su actitud me parece extraña, ya que por mucho que se haya olido, usted es su amigo, él confió en usted, ¿no es cierto?

—Sí... Claro. Me parece que voy al despacho, para telefonarle desde allí.

—¿Qué ganará con ello?

—Bueno, quizá Morton haya olvidado la fiesta.

Winston se quedó mirando sorprendido a Bush. Bebió un sorbo de champán y dijo:

—Lo dudo. Pero si usted quiere telefonarle, hágalo.

—Lo voy a hacer.

—Muy bien. Le espero aquí.

Walter Bush se alejó. Winston dejó la copa, encendió un cigarrillo, y volvió a tomar la copa de champán. Se quedó mirando a Paula Merli, que se acercaba. Ella se detuvo a su lado, pidió también champán y miró a Winston.

—De nuevo volvemos a encontrarnos, señor Yates.

—Maravillosa casualidad.

—Tal como lo dice usted parece que ni sea casualidad ni maravillosa.

—Bueno, lo de maravillosa podría discutirse, pero no lo de casualidad. Simplemente, usted me ha visto y ha venido a propósito hasta mí. ¿Puedo servirla en algo? Paula tomó la copa recién servida y bebió un sorbito, mirando por encima del cristal a

Winston. Winston miró sus labios, rojos, rojísimos, pero debido al maquillaje poco menos que cinematográfico que se había aplicado la actriz. Ella se pasó la punta de la lengua por los labios, y preguntó:

—¿A qué se dedica usted, señor Yates?

—Soy espía.

—Ah. Yo creía que los espías eran más simpáticos.

—Sólo cuando van a ganar algo con ello. Y un autógrafo no me parece suficiente beneficio para ser simpático.

—¿Qué le parecería suficiente de mí para ser simpático?

—Si se lo digo me denunciará usted por obsceno.

Paula Merli frunció el ceño.

—Acaba usted de decepcionarme, señor Yates. Me había dado la impresión de que no es de esa clase de hombres que sólo piensan en el sexo.

—Le aseguro que también pienso en muchas otras cosas.

—Eso ya me gusta más. ¿En qué otras cosas piensa?

—En lo hermosa que es la vida, entre otras. ¿Y usted?

—También me parece muy hermosa la vida —sonrió Paula—. Y sin duda es un interesante tema de conversación.

—¿No preferiría que hablásemos de sus películas? Por cierto, debería decirme dónde puedo ver alguna... A ser posible, una en la que aparezca usted desnuda. ¿Ha hecho alguna así?

—Desde luego. Es usted un obseso, ¿no?

—Me considero normal. Sería anormal si no deseara ver desnudo un cuerpo como el suyo.

—Es un cuerpo de mujer, simplemente.

—No tan simplemente.

—Gracias. De todos modos, creo que con este vestido escotado y ceñido se adivina más que suficiente.

—En líneas generales, sí. Pero ¿qué me dice usted de la auténtica forma de sus caderas, por ejemplo? ¿Y de la curva del vientre? ¿Cómo son sus pezones, grandes o pequeños, oscuros o sonrosados como los de una niña? ¿Y el vello del sexo? ¿Es negro como sus cabellos, rubio tal vez..., o lo lleva teñido? ¿Tiene mucho vello, poco, o ninguno porque se lo ha afeitado? ¿Tiene usted lunares, pecas, tal vez la señal de una operación de apendicitis? ¿Se le notan mucho las costillas flotantes o toda usted es tersa, mórbida

y tierna? Y no hablemos ya del ombligo... ¿Cómo es? ¿Pequeño, grande, redondo, ovalado, feo, bonito...? No sé si me explico.

—Ya lo creo que sí —murmuró Paula—. Y me da la impresión de que si me quedase desnuda ante usted sería... explorada minuciosamente.

—Siempre he creído que uno debe conocer bien el terreno que pisa.

—En suma, que es usted muy exigente.

—¿Usted no? Porque a lo peor, a usted le gusto un poco tal como me ve, pero podría ser que yo llevase peluquín, que fuese impotente, que tuviera las rodillas torcidas, usase dentadura postiza y tener el pecho lleno de cicatrices o granos, pongo por caso.

Un conjunto de detalles poco agradables, ¿no le parece?

—¿Cree que yo tengo tantos defectos?

—Creo que no, pues si los tuviera no se habría atrevido a aparecer desnuda en sus películas. Sin embargo, yo no me fío de lo que se ve a simple vista. Me gusta profundizar.

—Entonces, debe ser usted un buen espía.

—No lo hago mal.

—¿Está espionando a alguien aquí?

—Por supuesto. Creo que se han infiltrado en la j fiesta unos setecientos mil espías rusos.

—¡Pues yo no veo ninguno! —rió Paula.

—Están disfrazados.

—¿De qué?

Winston Yates miró con cómico misterio a un lado y a otro, y acto seguido se inclinó hacia Paula, que ladeó la cabeza y le ofreció la orejita, ante la cual susurró Winston:

—De burbujas de champán.

—¡Dios mío! ¡Acabo de beberme por lo menos trescientos espías rusos!

—Son fáciles de digerir. No crea en las leyendas negras: los rusos son unos buenos muchachos. Y si no, vea: podrían haberse disfrazado de virus, y fastidiarnos a todos metiéndose en nuestros organismos, ¿no le parece? Sin embargo, se han disfrazado de burbujas de champán. Buenos muchachos, créame. —¿Y usted de qué suele disfrazarse?— rió de nuevo Paula.

—De espía. Es el disfraz que pasa más desapercibido. La gente

me mira, y dice: «Mira, parece un espía; luego, no es un espía».

Paula Merli comenzó a reír cantarínamente, y todas las miradas convergieron en ella. Fue justo entonces cuándo, a la encantadora risa de la actriz, se unió el tremolante sonido del timbre de alarma.

CAPÍTULO III

Para Paula Merli fue como si, de pronto, el señor Yates se convirtiera en invisible, porque desapareció de su lado. La acción de Winston fue tan rápida que cuando la muchacha quiso darse cuenta, él ya estaba a más de quince metros, corriendo hacia la puerta de la casa a velocidad de competidor olímpico.

Todas las demás personas quedaron inmóviles y súbitamente silenciosas, hasta que por encima del estruendo sonó la voz del mayordomo de la casa:

—¡Es la alarma de la caja fuerte del despacho...! Un hombre destacó en el acto, corriendo en pos de Winston. En realidad, cuando Enzo gritó, el hombre ya corría en pos de Winston, apenas a diez metros de éste. Era poca ventaja, pero Winston sabía dónde estaba el despacho, y al parecer el otro hombre lo ignoraba. Sin embargo, apenas entrar en la casa le guió la luz que se encendió de pronto a su derecha.

Con la mano en el interruptor del despacho, Winston miró hacia la caja fuerte, que estaba abierta. A la derecha de la caja empotrada, también la ventana de aquel lado estaba abierta. Luego Winston reparó en las cosas que había esparcidas por el suelo, y acto seguido, tendido de bruces en éste, vio a Walter Busch. En el vestíbulo de la casa se oían pisadas rápidas de dos o tres hombres. El que había corrido en pos de Winston apartó a éste, entró en el despacho, e inmediatamente corrió a arrodillarse junto a Walter Busch, y le puso una mano en lado del cuello.

Winston Yates no necesitaba tanto para saber a qué atenerse con respecto a Walter Busch: las tres manchas de sangre en la espalda, casi formando ya una sola justamente a la altura del corazón, lo decían todo.

Ahora se oían los gritos de los invitados, y, acercándose, la voz de Lola Sánchez llamando a Walter Bush. El hombre que estaba examinando a Bush miró a los dos que estaban junto a Winston, y masculló:

—Que no entre nadie en el despacho. Y usted —miró a Winston— haga el favor de salir.

Winston se acercó, y se acuclilló junto al hombre, que le miró mosqueado.

—Está muerto, ¿verdad? —susurró.

—Sí. Por favor, salga.

—¿Por qué he de salir yo, si usted se queda? —rechazó Winston.

—Porque yo soy el inspector Renato Scorza, de la policía italiana. ¿Es usted de la policía italiana, señor?

—No.

—Entonces, salga. ¡Giulio!

Uno de los hombres entró, y Renato Scorza comenzó a darle instrucciones. Winston escuchaba en silencio, fija la mirada en el ojo derecho de Walter Bush, que podía ver, abierto y fijo. Fijo en su dolor y su estupefacción. Winston cerró un instante los ojos cuando oyó los sollozos de Lola fuera del despacho, suplicando que la dejaran entrar. Y la alarma seguía sonando.

Winston se acercó a la caja, y vio el pequeño dispositivo de la alarma, cuyo estridente timbre detuvo por fin. El inspector Scorza volvió la cabeza hacia él como si acabase de picarle una avispa.

—¡No toque usted nada! —gritó.

Winston le miró y volvió a mirar hacia la caja. Habían quedado algunas cosas dentro: documentos, dinero..., y el sobre de color tabaco, todavía abierto. El inspector Scorza se acercó a él y le tomó de un brazo.

—No voy a repetirle que salga de aquí, señor. Puede usted dificultar nuestro trabajo.

—No tocaré nada más.

—Aun así, tiene que salir de aquí.

—Soy amigo personal del señor Bush, y tengo derecho a estar aquí.

Scorza iba a replicar cuando Lola consiguió irrumpir en el despacho, pese a la oposición del otro policía. La muchacha fue a caer de rodillas junto a Bush y tendió las manos hacia él.

—¡Walter...!

—¡No lo toque! —saltó Scorza hacia ella—. ¡Nadie debe tocar nada! ¡Mario, maldito seas!, ¿por qué las has dejado entrar? ¡Sácala de aquí inmediatamente, vamos! ¡Y que no entre nadie más! Giulio, ve a llamar.

Scorza estaba muy irritado, Giulio se dirigía hacia la puerta, y Mario luchaba con Lola para llevarla hacia la puerta, mientras la muchacha seguía gritando «¡está muerto, está muerto!». Winston volvió a mirar dentro de la caja, dio un paso hacia ella, metió la mano derecha dentro y sacó el sobre rápidamente. En el momento en que la mano pasaba ante la solapa de la chaqueta para meter el sobre en el bolsillo interior, Scorza se volvía hacia él y pudo ver perfectamente el sobre antes de que pasase al bolsillo de Winston.

—¿Qué es eso? —gritó el policía—. ¡Entrégume ese sobre inmediatamente! ¡Vamos, entréguemelo!

Se acercó a él con la mano tendida. Winston Yates no se lo pensó demasiado. En lugar de darle el sobre a Scorza le aplicó un directo a la barbilla que tiró al policía de espaldas, manoteando. Mario lanzó una exclamación, soltó a Lola, y llevó la mano a la cintura, en busca de la pistola.

La estaba sacando de la funda cuando Winston llegó ante él de un salto, y, sin más contemplaciones, le hundió la punta del zapato entre las ingles, en un patadón escalofriante.

Mario lanzó un berrido, saltó como un conejo y se llevó las manos a los testículos, completamente olvidado de su pistola. Cayó encogido al suelo, y quedó allá, lívido, desencajadas las facciones.

Sentado en el suelo, Renato Scorza sacudió la cabeza, su visión se aclaró y vio, con no poco sobresalto, a Winston acercándose a él. Ni siquiera tuvo tiempo de mover la mano hacia su arma, pues el pie de Winston volvió a entrar en funciones, alcanzando de lleno al policía en el hígado. Scorza quedó amarillo, con los ojos casi fuera de las órbitas, y se derrumbó hacia atrás sin sentido.

En el momento en que Giulio aparecía corriendo en la puerta, ya pistola en mano, Winston corría hacia la ventana abierta.

—¡Deténgase! —aulló Giulio.

En una fracción de segundo comprendió que el americano no iba a hacerle caso y extendió el brazo armado. Sucedió todo a la vez: Winston saltó en plancha por la ventana, Lola se abalanzó contra

Giulio, y éste disparó. El resultado, final fue que Winston escapó indemne, que la bala disparada fue hacia la pared a ¡a derecha cía Giulio, y que finalmente éste y Lola rodaron por el suelo.

—*Porca putanna!* —bramó Giulio.

Se desembarazó de Lola de un tremendo bofetón, corrió hacia la ventana y se asomó, con la pistola por delante. Todavía pudo ver la silueta de Winston Yates metiéndose entre los pinos, y disparó por tres veces. Los trallazos de los disparos asustaron todavía más a los invitados, algunos de los cuales aún permanecían en el jardín donde se había celebrado la malograda fiesta.

—¡Ve a por él! —jadeó Mario, recuperándose con no poca penalidad—. ¡Atrápalo, Giulio!

Giulio saltó al exterior y corrió en pos de Winston Yates. Lo mismo habría dado que persiguiera a un fantasma.

* * *

Las últimas sombras de la noche estaban desapareciendo cuando Paula Merli paró el motor de su coche, ya en el garaje de su hermosa casa sita en Corso d'Italia,

en Roma. Una casa rodeada de jardín elevado sobre el nivel de la calle, y protegido por un grueso muro de viejas piedras. El garaje había sido construido debajo del jardín, y para subir a éste o a la casa había una blanca escalinata que se bifurcaba a media altura. Un tramo iba directamente hacia el jardín y el otro directamente al vestíbulo de la casa, desde cuyas ventanas se divisaba Villa Borghese.

Paula Merli suspiró, estuvo unos segundos pensativa y finalmente se apeó, tras accionar el mando a distancia que cerraba a sus espaldas la puerta del garaje. Se dirigió hacia la blanca escalinata y, en el momento en que alzaba el pie hacia el primer escalón, oyó algo tras ella.

Se volvió vivamente, y miró desconcertada la tapa del maletero del Mercedes, alzada. Tan desconcertada estaba que ni siquiera pudo reaccionar cuando Winston Yates se irguió dentro del maletero y acto seguido saltó al suelo.

—Santo cielo —pudo murmurar por fin Paula.

—¿Dónde estamos? —preguntó Winston, cerrando el maletero.

—En mi casa, en Roma.

—Espléndido Supongo que nadie la ha seguido.

—No tengo ni idea... ¡Ni idea! ¿Cómo pudo usted abrir el maletero? Espere, no me lo diga: ¿de verdad es usted uno de esos espías de película que saben hacer de todo?

—Incluso abrir un simple maletero —sonrió Winston.

—Le está buscando a usted la policía italiana... Luego vinieron muchos más, buscaron por todo el jardín, han puesto vigilancia en las carreteras, en todas partes...

—Pero no han molestado a la bella y famosa Paula Merli, ¿verdad?

—Es usted muy listo.

—Lo suficiente —se acercó Winston a la actriz—. ¿Cómo está Lola?

—Cuando nos dejaron marchar a todos se había serenado bastante. Pero la molestaron un poco por ayudarle a usted a escapar.

—¿Eso hizo?

—Tengo entendido que si no hubiera sido por ella seguramente le habrían herido o matado a usted. De todos modos, comprendieron que ella impidiera eso: según los criados, usted y Lola simpatizan mucho.

—Pero ni ella ni yo matamos a Bush, ¿no es eso?

—Evidentemente, ninguno de los dos lo hizo, pues ambos estaban en el jardín cuando sonó la alarma... Dios mío, todavía no he entendido lo que ha ocurrido. ¿Es cierto que usted robó algo de la caja fuerte de Walter?

—Sí.

—¿Dinero? No, no... Claro que no es usted tan vulgar, señor Yates.

—Gracias. ¿Vive usted sola en este lugar?

—Claro que no. Vivo con dos criadas, pero una de ellas está en Milán, por asuntos de familia. La otra debe estar durmiendo. ¿Qué es lo que ha pasado, señor Yates?

—Puedo decirle lo mismo que publicarán los periódicos esta mañana, o quizá por la tarde. Simplemente, han asesinado al señor Bush. El fue a su despacho a hacer una llamada telefónica y se

encontró allá con alguien que había abierto, su caja fuerte y que al verse sorprendido le mató y escapó, sin tiempo para robar nada, pues sonó la alarma.

Durante unos segundos Paula Merli estuvo mirando fijamente a Winston. Por fin, asintió con un gesto, y dijo:

—Venga conmigo. Le invito a café.

—Es mejor que me marche y que no se meta usted en esto, señorita Merli.

—Venga conmigo.

Winston titubeó, pero accedió. Subieron directamente a la casa, y desde el vestíbulo emprendieron la ascensión de la amplia escalinata que conducía al primer piso.

Entraron los dos en un dormitorio bellamente decorado, y Paula señaló un sillón.

—Es mi dormitorio —dijo—. Siéntese, señor Yates.

Éste aceptó, murmurando:

—Es un dormitorio encantador.

Paula asintió. Luego, tranquilamente, procedió a desnudarse. Winstonladeó la cabeza y entornó los párpados..., pero, ciertamente, no tanto que dejase de ver en toda su extensión la belleza de Paula Merli. Cuando ésta estuvo completamente desnuda, impecable sobre sus zapatos de noche, dijo:

—Voy a ahorrarle a usted tres mil liras de una entrada de cine, señor Yates. Míreme bien —describió lentamente una vuelta completa—. ¿Satisfecho?

La belleza del cuerpo de Paula Merli era sobrecogedora: parecía de porcelana blanca, y sus formas eran suaves, alargadas, delicadas, pero inobjetables. Tenía el vello del sexo negrísimo, rizadísimo y abundantísimo. No había cicatriz alguna visible, y su ombligo era perfecto. Tampoco se le marcaban las costillas.

—¿A qué viene esto? —murmuró Winston.

—Bueno, señor Yates, yo soy una muchacha preciosa, me dedico al cine' y

he protagonizado algunas películas en las que aparezco desnuda. A decir verdad, no son películas geniales, pero cada uno tiene una oportunidad en la vida, y la mía ha sido el cine..., lo que no significa que sea una tonta o una idiota. Pero usted parece

empeñado en considerarme como tal.

—Será mejor que se ponga algo encima —sonrió Winston.

—Aclaremos antes unos cuantos detalles —rechazó ella, sentándose en otra butaquita—. Por ejemplo, si el ladrón tuvo tiempo de esparcir por el suelo tantas cosas es que tuvo tiempo de robar el dinero o las joyas de Lola que sin duda estaban en la caja; así que no buscaba dinero ni joyas, porque si hubiera sido así, habría arramblado con todo en un instante. ¿Le parece acertado esto?

—No está mal.

—En cuanto al señor Bush, no le mataron cuando sorprendió al ladrón.

—¿Cómo que no?

—No, señor, y usted lo sabe. Lo que debió ocurrir fue que el ladrón estaba en el despacho del señor Bush cuando éste entró, y le obligó a abrir la caja fuerte. El señor Bush no tuvo más remedio que obedecer, bajo la amenaza de la pistola, así que abrió la caja. Y entonces sonó la alarma. El ladrón disparó entonces contra la espalda del señor Bush, pero no escapó inmediatamente, sino que fue a la caja, sacó cosas de su interior, las tiró por todas partes, y fue entonces cuando se marchó..., seguramente sin llevarse nada. Fue usted quien se llevó lo que buscaba el ladrón, y éste no supo ver.

—Yo no oí ningún disparo —sonrió de nuevo Winston.

—La pistola debía llevar silenciador. Aunque de todos modos, con la música, quizá tampoco habríamos oído los disparos. La alarma sí, porque para eso es una alarma, para que se oiga muy bien. Ahora, yo pienso que el ladrón no sabía lo que buscaba exactamente, pero *usted sí lo sabía*. Y se lo llevó. Un sobre, oí decir. ¿Sigo pareciéndole una estúpida que enseña sus pechos y su sexo y que tiene la cabeza hueca?

—No, de ninguna manera.

—Entonces, ¿tomamos un cate y charlamos?

—Le repito que es mejor que no se meta en esto.

Paula se puso en pie, fue al gran armario que ocupaba todo un paño de pared, y sacó un salto de cama, que se puso con gestos perezosos. El resultado fue que resultó no menos sugestiva que antes.

—En estos momentos —dijo suavemente—, toda la policía de Italia tiene su nombre y su descripción, señor Yates. Lo que significa que va a tener que esconderse usted muy bien si no quiere que le encuentren.

—¿Es su casa un buen escondrijo?

—Yo creo que sí.

—Por el momento, puede serlo. Pero también puede convertirse en una trampa.

—Eso sería si yo avisara a la policía de que está usted aquí, ¿no es cierto?

—Sí.

Paula se acercó a Winston, se abrazó a su cuello y le besó brevemente en la boca.

—No seas tonto —murmuró—. Tal vez lo haría si tuviera la menor duda respecto a que tú hubieras matado a Walter, pero sé que no ha sido así. Estabas conmigo. Y tampoco eres un ladrón vulgar, ya que entonces, puesto que estabas invitado en casa de Walter, podrías haberle robado lo que hubieras querido antes de esta noche. Sea lo que sea lo que hayas robado yo sé que no estás haciendo nada malo... ¿De acuerdo?

—Según parece me equivoqué mucho contigo.

—Así aprenderás a no fiarte de las apariencias. Y ahora dime qué prefieres: ¿que durmamos unas cuantas horas o que tomemos café y un buen desayuno para afrontar un día que sin duda será muy interesante?

—¿Qué prefieres tú? —preguntó Winston a su vez.

—Lo que tú prefieras —rió Paula, echando la cabeza hacia atrás.

Winston se quedó mirando su hermosa garganta, la besó, y al notar el estremecimiento de ella, masculló:

—Lo siento, pero esto será todo por ahora, en nuestras relaciones. ¿Tienes teléfono en la cocina?

—Claro.

—Entonces, yo haré el café, y tú harás un par de llamadas telefónicas. La primera de ellas a Lola...

—¿No habrán intervenido el teléfono?

—Vamos, no seas fantástica —sonrió Winston—. Lo que sí hará la policía si todavía está allí será enterarse de quién llama a Lola, pero eso no va ser problema alguno. Dices que eres tú,

sencillamente, que sientes molestarla, pero que has perdido en la fiesta un broche, o algo parecido, y que le agradecerías mucho que indicara a los criados que lo buscaran. En seguida, le preguntas si alguien está escuchando, y ya verás como habrán perdido interés por la conversación. Entonces le dices que llamas de parte de Chin Chan Chon, y que necesito saber...

—¿Tú eres Chin Chan Chon?

—Sí. Significa «estás para comerte, guapo mozo». Es una broma entre Lola y yo. Dile que si un americano llamado Morton Amberly llama a la casa, ella tiene que avisarme inmediatamente, empleando cualquier truco que se le ocurra. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Vamos a por ese café.

CAPÍTULO IV

Paula colgó el auricular del teléfono de la cocina y se sentó a la mesita, frente a Winston, que terminaba de servir el café y estaba encendiendo dos cigarrillos. Tendió uno a Paula, que murmuró:

—Supongo que ya lo has entendido por la conversación: Lola no va a quedarse en la casa, así que no podrá estar al cuidado de una posible llamada de ese Morton Amberly. En la caja fuerte de Walter han encontrado unas disposiciones por medio de las cuales se indica que en caso de muerte, Walter debe ser enterrado en Estados Unidos. La embajada americana de Roma ya está interviniendo en eso, avisada por la policía italiana. Por cierto, que ese inspector Scorza ha hecho una denuncia formal contra ti a tu embajada.

—Que se vaya al diablo el tal Scorza —farfulló Winston—. Bien, si Lola no va a quedarse en la casa, ¿dónde estará?

—El cadáver de Walter ha sido trasladado al depósito de Roma, para la autopsia. De allí, será enviado a la embajada americana, la cual se encargará de los trámites y preparativos para que Walter sea trasladado a Estados Unidos. Lola ha solicitado permiso para permanecer en la embajada y acompañar a Walter hasta el aeropuerto, pero le han denegado el permiso. Así pues, va a instalarse en el hotel Ligure, aquí, en Roma.

—¿Cuándo llegará Lola a Roma?

—Hacia el mediodía. Está recogiendo todas sus cosas.

—Claro... Es sólo su amante. Bien, tómate el café. Luego llamarás a este otro número —empujó hacia Paula un papel con el teléfono de Morton Amberly en Nápoles apuntando—. Sea quien sea la persona que te conteste, tienes que hacer lo posible por enterarte del paradero de un americano llamado Morton Amberly.

Estaba a mitad del desayuno cuando apareció en la cocina una

muchacha en pijama, expresando asombro en su todavía adormecido rostro.

—Es Rosanna —dijo Paula—. La hemos despertado.

—Lo siento —miró amablemente Winston a Rosanna—. Vuelva a la cama, Rosanna. Todo está bien.

La muchacha miró a Paula, que asintió con un gesto, y recomendó:

—No has visto a nadie conmigo, ¿comprendes, Rosanna? A nadie absolutamente.

—Sí, señorita.

La muchacha se retiró, y Winston preguntó:

—¿Por qué estaba tan asombrada?

—Tal vez porque no acostumbro traer hombres a casa. Suelen venir grupos de amigos, claro está, pero nunca un hombre sólo con el que esté desayunando en salto de cama.

—Lo que significa que tu reputación acaba de quedar pulverizada, a juicio de Rosanna. Lo siento.

—¿Por qué? Tarde o temprano tenía que traer un hombre a casa, ¿no? Espero que al menos le hayas gustado a Rosanna..., guapo mozo que estás para comerte.

Paula Merli tuvo que llamar por dos veces hasta con seguir respuesta a su llamada a Nápoles, separada una llamada de otra por quince minutos. Le contestó una mujer, con la que estuvo conversando apenas un minuto, y también esta vez, cuando colgó el auricular. Winston había comprendido la situación: el señor Amberly había salido de Nápoles la tarde anterior, poco después de las tres, para entrevistarse en Roma con una persona con la que tenía negocios. No, no había vuelto ni había llamado. Eso era todo.

—Es decir —susurró Winston—, que Amberly mintió a su ama de llaves, o lo que sea esa mujer. Estaba invitado a la fiesta, pero no mencionó eso, dijo que venía a Roma por negocios.

—Sus motivos tendría para mentir.

—Naturalmente.

Para Winston la cosa aparecía clara, en principio: Morton Amberly, de un modo u otro, había comprendido que Walter Bush había abierto el sobre y había leído las páginas escritas de su puño y letra, y que pensaba pedirle una explicación, y seguramente, devolverle el sobre y negarse a seguir participando de ninguna

manera en el extraño asunto. Así que Morton Amberly dijo que iba a Roma, pero en realidad fue a Ladispoli, a la villa de Bush, en la que entró sin dificultad alguna aprovechando la gran cantidad de invitados que estaban en todas partes.

Por supuesto, sabía dónde estaba el despacho, así que fue allá, dispuesto a recuperar el sobre. Quizá sabía abrir una caja fuerte, o quizá intuyó que tarde o temprano Bush iría al despacho para llamarlo a Nápoles, inquieto por su tardanza. Por fin, entró Bush en el despacho, y Amberly le pidió el sobre. Bush abrió la caja, y entonces, ya seguro de que iba a recuperar el sobre, Amberly lo mató, tras el sobresalto de la alarma...

No.

No, no, no.

Imposible. Si hubiera sido Amberly quien le hubiera pedido el sobre a Bush, éste habría desconectado la alarma antes de abrir completamente la caja, y además, Amberly se habría llevado el sobre, pues lo conocía sobradamente. Sólo tenía que meter la mano en la caja, agarrar el sobre de color tabaco y marcharse. Sin embargo, muchas cosas fueron sacadas de la caja y tiradas de cualquier modo por el suelo, mientras que el sobre quedó dentro.

Así pues, no había sido Morton Amberly quien había matado a Walter Bush. Por lo tanto, se planteaban dos preguntas; la primera de ellas era: ¿quién había matado a Bush? La segunda: ¿dónde estaba Morton Amberly?

Pero había que añadir una tercera pregunta: ¿por qué no había dicho Amberly a su ama de llaves que iba a la fiesta de un amigo en Ladispoli, sencillamente? Esto indicaba que tenía algo que ocultar, que no quería que se supiera que él había estado allí, en el lugar del crimen. ¿Quizá porque pensaba matar él a Bush? Esto era admisible, pero Winston no podía creer que hubiera sido Amberly el asesino, pues en ese caso se habría llevado al sobre que conocía perfectamente...

Es decir, podía ser o no un simple capricho pasajero, pero era auténtico. Ella deseaba que sucediera algo entre ellos. Percibió de nuevo su estremecimiento cuando volvió a deslizar la mano espalda arriba y abajo. Su piel parecía de auténtica porcelana tibia.

Ella apartó un instante su boca y susurró:

—Me estás... electrizando...

—Pues si seguimos así, vas a quedar electrocutada —susurró también Winston.

—Electrocútame.

Sus bocas volvieron a unirse, ávidamente. Winston notó en su lengua el contacto de la de Paula. Sus manos se crisparon en el cuerpo femenino, apretando la espalda y un pecho. Paula lanzó un fuerte suspiro hacía el interior de Winston Yates, que poco a poco, sin dejar de besarla, la fue tendiendo en el diván.

Eran casi las ocho cuando Winston besó por última vez a Paula en un seno.

—La sesión ha terminado —sonrió—. Debemos ir a Nápoles.

—Pero no veremos el Vesubio —rió ella—, porque llegaremos de noche.

—Ya lo veremos en otra ocasión.

Se alzó del diván, con Paula colgada de su cuello. Se besaron, y luego ella susurró:

—Estoy enamorada de ti.

—¿Por lo que ha ocurrido?

—No, señor. Lo que ha ocurrido ha ocurrido precisamente porque estoy enamorada de ti. Cuando te vi anoche en la fiesta, tan alto, tan serio, solo, pensé... ¿No te vas a enfadar?

—No creo.

—Pensé que contigo sí me gustaría hacer una película pornográfica.

—¿Quieres decir que has hecho cine porno?

—Me lo han propuesto muchas veces, pero no he aceptado. Una cosa es aparecer desnuda en la pantalla y otra cosa es mostrarte en pleno acto sexual con un tipo cualquiera. Pero contigo no me importaría hacer cine porno.

—Ya lo hemos hecho —frunció el ceño Winston—. Bueno, vistámonos. Quiero llegar de noche a Nápoles, pero no demasiado tarde.

Paula volvió a besarle, se desprendió de él y recogió su ropa, que ahora estaba desperdigada por el saloncito del yate. Lo mismo hizo Winston. Y ya vestidos ambos, se quedaron mirándose. Winston torció el gesto.

—¿Y ahora? —se alarmó Paula.

—Bueno, supongo que esto ocurre tarde o temprano a todos los

hombres.

—¿A qué te refieres?

—A que una chica le guste más que las otras. ¡Nada de más mimitos! —exclamó, al ver que ella comenzaba a acercarse, sonriente—. ¡Tenemos que zarpar hacia Nápoles!

Paula Merli le tiró un beso con la mano, y luego se echó a reír.

«Demasiado hermoso todo para ser verdad», pensó Winston Yates.

* * *

Morton Amberly vivía en un apartamento sito en Via De Gasperi, cerca de Castel Nuovo. Desde hacía más de diez minutos Winston Yates esperaba frente al edificio de cinco pisos, en la otra acera, cobijado en la sombra de un portal. Una vez más miro su reloj, y se dijo que si Paula tardaba otros cinco minutos en salir, subiría a buscarla.

«No debí dejarme convencer por ella», se dijo.

Pero se había dejado convencer, y había sido ella la que había subido al apartamento de Morton Amberly. La idea, por demás peregrina ahora que lo pensaba sumido en la inquietud, consistía en que Paula se presentaría como agente de una revista en busca de publicidad que pretendía incluir en sus páginas las cualidades de la compañía marítima en la que Morton Amberly tenía intereses.

«He debido estar loco», pensó Winston.

Y cuando alzó la mirada la vio a ella, saliendo del portal, tranquila y natural. Apenas pudo contener un suspiro de alivio. Salió del portal, dio un par de pasos, y se detuvo en seco al ver al hombre que apareció de pronto y se colocó junto a Paula. Ella le miró, le escuchó, y Winston vio el súbito miedo en sus facciones... Ni siquiera tuvo tiempo de pensar qué podía hacer: otros dos hombres aparecieron, pero éstos junto a el, uno a cada lado, y uno de ellos dijo, en perfecto inglés:

—No se ponga nervioso, señor Yates. Si se muestra razonable ni a usted ni a la muchacha les ocurrirá nada malo. Todo lo que queremos es un sobre. ¿Lo tiene usted?

—Sí. Pero está en el yate.

—¿En el yate? ¿Qué yate?

—Está fuera del puerto. De noche no se permite la entrada, de modo que tuvimos que llegar al puerto con una lancha de goma con motor fuera borda.

—Entiendo. ¿Quién es la chica?

—Una amiga. Se llama Paula.

—¿Es italiana?

—Sí.

—¿La aprecia usted mucho?

—Es una buena amiga —susurró Winston.

—En ese caso, querrá conservarla, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Entre de nuevo en el portal.

Entraron los tres. Uno de los hombres tenía la mano derecha en el bolsillo de ese lado de la chaqueta. El otro cacheó rápida y expertamente a Winston.

—No lleva nada —aseguró.

—Sorprendente. Pero si tú lo dices... Bien, señor Yates, vamos a ser razonables todos. Yo voy a hacerle una seña a mi amigo que está con la muchacha, y ellos se alejarán hasta donde tenemos el coche. Subirán los dos, vendrán a recogernos, y los cinco iremos al muelle y nos trasladaremos al yate en esa lancha... ¿Cabremos todos en ella?

—No creo que haya problemas para un trayecto tan corto.

—Espero que tampoco usted busque problemas. Nosotros tres estamos armados, y si hay que disparar, dispararemos. No nos importa matar.

—Es nuestro trabajo, ¿sabe? —sonrió el otro.

Winston asintió. El que había hablado más salió del portal, hizo una seña, y en la otra acera Paula y su captor comenzaron a caminar. Paula tenía vuelta la cabeza hacia allí, y Winston vio sus enormes ojos muy abiertos, y la palidez de sus facciones.

—Tiene usted buen gusto para elegir sus amistades, señor Yates.

—¿Quiénes son ustedes?

—Pito, Flauta y Violoncelo —rió el otro—. ¿Le gusta a usted la música, señor Yates?

—¿Cómo han podido saber que yo vendría aquí?

—Intuición, lo crea usted o no. Hemos oído hablar de usted, sabíamos cómo era, que estaba invitado en la villa de Walter

Bush... Bueno, se nos ocurrió que usted tenía que buscar a Morton Amberly. ¿Le parece increíble?

—No. Al contrario, es muy razonable, para quien esté al corriente del asunto.

—Nosotros lo estamos. ¿Ha leído usted el contenido del sobre?

—Desde luego.

—¡Caramba, eso es sinceridad!

—¿Me habrían creído si hubiera dicho que no?

—No, no le habríamos creído, Señor Yates, de veras: si usted nos ocasiona la menor preocupación le vamos a matar. Y también a la chica. ¿Está esto bien claro? —Sí.

—Muy bien.

El coche apareció un par de minutos más tarde. Winston vio a Paula en el asiento de atrás, y el hombre al volante. El que había mostrado aficiones musicales se fue al coche, y se sentó junto a Paula, que quedó en el centro del asiento. Winston se sentó junto a ella. El tercer hombre se sentó junto al conductor y se volvió, mostrando la pistola por encima del respaldo. El coche arrancó.

CAPÍTULO V

—Si hay alguien más a bordo y mi compañero tiene problemas, ustedes también los tendrán —dijo Pito.

—No hay nadie a bordo —dijo Winston.

Pito hizo una seña a su compañero Flauta, que ascendió por la escalerilla colocada en el costado del yate. Desapareció en cubierta. La lancha neumática quedó junto al costado del yate, ya parado el pequeño motor fuera borda. Sólo se oía el chocar del agua contra el casco blanco, y sordos chapoteos bajo la lancha, que subía y bajaba al compás del leve oleaje.

Un par de minutos más tarde la silueta de Flauta apareció en el hueco de la portilla de acceso.

—Todo está bien —dijo. Subid.

—Usted primero, Paula —indicó Pito—. Luego usted, señor Yates.

No hubo problemas. Cuando los cinco estuvieron a bordo. Pito dijo:

—Usted y nosotros dos —señaló a Violoncelo— vamos a por ese sobre, y su amiga y mi amigo...

—El sobre está en Roma.

Paula lanzó una exclamación ahogada, y se llevó las manos al rostro. Flauta, Pito y Violoncelo quedaron sumidos en un silencio de muerte. De pronto, Flauta, que sin duda era el más agresivo, lanzó una maldición, dio un paso hacia Winston, y le disparó un punterazo entre las ingles. Winston lanzó un alarido, se encogió llevándose las manos a los testículos, y cayó encogido, rebotando en la húmeda cubierta, hecho un ovillo.

Flauta estaba furiosísimo y dispuesto a continuar su castigo, pero Pito le retuvo con una seca orden.

—¡Quieto! —Gruñó—. No hay que matarlo, recuérdalo. Tiene que ser hallado en Roma, no aquí. Lleva a la chica abajo.

Flauta empujó rudamente a Paula, que miraba aterrada a Winston, caído en el suelo, inmóvil, como muerto. Pero no estaba muerto. Entre Pito y Violoncelo lo alcanzaron a medias asiéndolo por los sobacos, y lo arrastraron hacia el interior del yate, donde lo dejaron caer, en el centro del saloncito.

—Despejadlo. Tiene que pilotar el yate hacia Roma.

Flauta y Violoncelo tiraron a Winston en una butaca, y terminaron de despejarlo a base de dos tremendas bofetadas. Paula emitió un sollozo, y se dejó caer sentada en el diván, escondiendo el rostro entre las manos. Winston sacudió la cabeza, la miró y aspiró profundamente.

—¿Cree que puede burlarse de nosotros, señor Yates? —preguntó fríamente Pito.

—No he pretendido eso —jadeó Winston—. Pero temí que se enfadasen si les decía que había dejado el sobre en Roma, y no quise problemas en Nápoles. Aquí podemos... entendernos mejor.

—Es usted muy prudente. Pero no nos habríamos enfadado por el hecho de que el sobre estuviese en Roma. Es allí donde debe ser encontrado.

—¿Encontrado? ¿Por quién? Creí que sólo querían recuperarlo...

—No se rompa la cabeza, señor Yates. ¿Cómo se encuentra?

—Mal.

—Pues tendrá que sobreponerse, amigo mío, porque va a llevarnos a Roma en este cascarón. Es decir, a un puerto cerca de Roma... ¿De dónde partieron ustedes?

—De Lido di Ostia.

—Pues iremos a Lido di Ostia. Vosotros, subid a izar la lancha, para que todo esté listo para zarpar en cuanto el señor Yates se encuentre mejor.

Flauta y Violoncelo regresaron a cubierta. Pito se sentó en el diván junto a Paula, y le miró las piernas. Paula se bajó más la falda, y Pito sonrió, mirando acto seguido el abultamiento delicado y sugestivo de los pechos de la muchacha. Luego miró su cuello, la larga cabellera negra, de nuevo la forma de los pechos... Sonrió.

—Si, señor, el señor Yates tiene muy buen gusto.

Alargó la mano izquierda, y apretó groseramente un pecho a

Paula, que lanzó una exclamación y se alejó hacia el extremo del diván. Pito se echó a reír.

—No se ponga nerviosa, Paula. A fin de cuentas, va a ser un viaje un poquito largo, ¿no cree?, así que algo tendremos que encontrar para distraernos.

Paula miró a Winston, que bajó la mirada. Unos minutos más tarde entraron Flauta y Violoncelo. Winston los miró hoscamente. Como Pito, eran altos, fuertes y jóvenes. Y no hacía falta que le dijeran a él que eran gente peligrosa. En realidad, de ellos sólo le intrigaba una cosa: ¿qué demonios tenían que ver con el asunto del sobre de Morton Amberly? ¡Ni siquiera eran norteamericanos de los que podían verse involucrados en la narración que Amberly había escrito de puño y letra...!

—Eso ya está —dijo Flauta—. ¿Qué? ¿Nos vamos a pasar la noche esperando que sus cojones estén bien, señor Yates?

Winston le dirigió una torva mirada, y se puso lentamente en pie. Violoncelo y Flauta rieron burlonamente, Pito, simplemente, parecía divertido, pero miraba con suma atención al norteamericano.

—¿Puede caminar o no? —preguntó.

—Sí... Sí, sí.

—Pues hágalo. Usted y yo iremos arriba, y mientras usted se encarga de los maridos, yo me encargaré de vigilarlo. Además, recuerde en todo momento que su linda amiguita se queda aquí con mis compañeros. ¡Vamos, muévase!

Winston captó la lúbrica mirada que Pito y Violoncelo dirigían a Paula, y la expresión de espanto de ésta, pero simuló de darse cuenta de nada. Con dificultades, caminó hacia la puerta, salió llevando detrás a Pito, y subió los pocos escalones hacia cubierta. Tras él, Pito cerró la puerta cuando ambos estuvieron fuera. Se metieron en la cabina de mandos, y Winston pulsó el botón de izaba el ancla.

Dos minutos más tarde, el yate emprendía el regreso hacia Lido di Ostia. —¿Qué?— se interesó Pito—. ¿Se va encontrando mejor?

—Sí.

Durante media hora navegaron en silencio, sin problema alguno. Poco después pasaban cerca de Ischia, entre ésta y la costa continental. Las luces de la isla fueron quedando atrás. El agua

parecía negra. De cristal negro, pendo Winston.

Flauta apareció de pronto en la cabina, y tendió un plato con un par de bocadillos a Pito.

—Toma, come algo. ¿Cómo va eso?

—Bien. El señor Yates es muy prudente, ya lo sabemos. No perdáis de vista a la muchacha.

—Seguro que no. Me parece que la he visto en alguna parte, pero no recuerdo dónde. Me gustaría tirármela.

—Pues títatela —rió Pito.

—Primero la vamos a emborrachar... ¡Me gusta hacerlo con borrachas, pierden la cabeza!

Flauta se fue. Pito comenzó a comer uno de los bocadillos sosteniéndolo con la mano izquierda. Con la derecha empuñaba la pistola, siempre apuntada a la espalda de Winston. Éste volvió la cabeza, y farfulló:

—Tengo que orinar.

—Nada de eso. Siga con lo suyo.

—¡Tengo que orinar, después de una patada como ésa!

—No suelte esos mandos. Yates.

—Puedo colocar el piloto automático unos minutos —jadeó Winston—. ¡Maldito sea, tengo que hacerlo!

—Usted no se va a mover de aquí, de modo que si quiere orinar, muy bien, ponga el piloto automático y mee en ese rincón. O eso o hágaselo encima.

—Maldita sea su estampa...

Winston colocó el piloto automático, se colocó en el rincón de la cabina y procedió a aliviarse, contemplando sardónicamente por Pito. Cuando terminó, se subió la cremallera del pantalón, dio un paso hacia los mandos, y lanzó un gruñido.

—Me he mojado los pantalones...

Se inclinó, para palpar el borde del pantalón. Sus dedos asieron la navaja herrumbrosa, que llevaba metida en el calcetín. Su mirada se alzó hacia Pito, que le contemplaba divertido, casi riendo y sin dejar de comer. El dedo pulgar de la mano derecha de Winston se posó sobre el botoncito que soltaba el muelle de la navaja.

Apretó.

El chasquido no se oyó, debido al rumor de los motores gemelos del yate. Pito no se enteró prácticamente de nada. Sí vio a Winston

irguiéndose vivamente y avanzando hacia él, pero cuando quiso reaccionar la mano izquierda del americano desvió la suya derecha. Vio el centelleo de la hoja de acero..., y eso fue todo. El navajazo le acertó de lleno en la garganta. La comida salió brutalmente expulsada de la boca de pito, empujada por el resoplido y el chorro de sangre.

Winston retiró la hoja y volvió a clavarla, ahora en el corazón de Pito, con toda su fuerza. Pareció que ojos del hombre fuesen a saltar de las órbitas, fijos en Winston, que de nuevo retiró la navaja, soltó la muñeca izquierda de Pito quedándose con la pistola, y se apartó, dejando caer el cadáver a sus pies.

El yate seguía navegando con toda normalidad con el control automático. Winston dejó caer la navaja, se pasó la pistola a la mano derecha, manchada de sangre, y salió de la cabina. A popa vio la blancura agrisada de la espuma que iba dejando el yate.

Nada más abrir la puerta que separaba la cubierta del interior del yate oyó la música.

Alzó las cejas, sor prendido, pero recordó que Flauta parecía tener aficiones musicales. Se deslizó por el corto pasillo hacia el saloncito, cuya puerta estaba también cerrada. La abrió un poco, y oyó las risas. Era evidente que la gente sabía divertirse. ¿Qué más podía pedirse? Música y risas. No va más, que siga la fiesta.

Pero sus sospechas respecto a Paula Merli no se cumplieron.

Los vio de pronto a los tres, y quedó tan sorprendido que fue incapaz de moverse un instante.

Violoncelo estaba sentado en el diván, vestido, riendo. En el centro del saloncito estaban Paula y Flauta, ambos desnudos y bailando al son de la música, muy apretados, aunque en el acto se notaba que no era por gusto de Paula, que intentaba por todos los medios impedir el contacto que Flauta buscaba abrazándola con fuerza y besándola en el cuello y los hombros... El rostro de Paula estaba lleno de lágrimas, y su ojo derecho aparecía inflamado.

Lo grotesco de la situación no impidió que, tras el instante de estupefacción, Winston reaccionara, entrando en el saloncito. Violoncelo volvió la cabeza hacia la puerta, sin dejar de reír.

Su risa le atragantó. Se puso en pie de un salto, muy abiertos los ojos, llevando la mano derecha a la axila izquierda y gritando:

—¡Hermann, el América...!

Plop, disparó fríamente Winston Yates. El chasquido del disparo apenas se oyó, sepultado bajo la música. La bala acertó a Violoncelo en el ojo derecho, lo reventó, lo hizo girar como una peonza, y lo derribó de espaldas sobre el diván, muerto en el acto.

Flauta ni siquiera dejó de bailar, en su reacción: empujó fuertemente a Paula, derribándola, y saltó ágilmente hacia donde había dejado sus ropas, junto a las cuales se veía los atalajes de la funda sobaquera, ésta, y la culata de la pistola. La reacción de Flauta fue tan veloz que incluso llegó a empuñar la pistola, giró hacia Winston..., y éste disparó de nuevo.

La bala acertó a Flauta en el pecho, lo derribó con los pies más altos que la cabeza, y todavía tuvo potencia para deslizarlo por el suelo casi un metro. Sorprendentemente. Flauta todavía tuvo fuerzas para sentarse, miró a Winston con ojos enloquecidos, y comenzó a decir:

—¡Hijo de p...!

Un borbotón de sangre ahogó la palabra. Los ojos de Flauta giraron espantosamente, quedaron en blanco, y entonces sí, se desplomó para no moverse más.

En el suelo, encogida, Paula Merli lloraba histéricamente. Winston tiró la pistola sobre el diván, corrió hacia la muchacha, y lo tomó por los brazos, poniéndola en pie.

—Paula... ¡Paula!

—No —gemía ella—. ¡No, no, no...!

Winston la alzó en brazos, y la llevo a uno de los camarotes. Todo estaba en pulcrísimo y perfecto orden allí. El americano abrió la cama, metió en ella a Paula y la tapó. Se sentó a su lado, limpiándole las lágrimas con la mano izquierda. Paula lloraba ahora a lágrima viva, era como un torrente. Winston sintió un pellizco de remordimiento al recordar que al oír la música había pensado que ella estaba haciendo su propio juego en aquel maldito asunto.

—Vamos, cálmate —suplicó—. Tengo que volver arriba, el yate va solo, y si aparece otra embarcación... Paula, por favor...

—¡Están muertos, están muertos, están muertos...!

—Se trataba de ello o de nosotros. Nos habrían matado a los dos, Paula. Y a ti te habrían estado violando toda la noche, hasta cansarse... Tranquilízate, te lo ruego. ¿Puedo dejarte sola?

Ella se quedó mirándolo fijamente. Poco a poco, se fue

calmando. Winston sonrió como pudo, asió la sábana y limpió las lágrimas del rostro femenino, teniendo cuidado con el hematoma cada vez más visible del ojo derecho.

—Bueno, esto ya va mejor —quiso sonreír de nuevo—. Sé que ha sido terrible, Paula, pero no tenía más remedio que hacerlo. Luego veremos qué se puede hacer por tu ojo. ¡Vaya torta, ¿eh?!

—Me... me pegaron cuando me negué... a... a hacerles... una cosa que... A los dos. Querían que la hiciera a los dos...

Olvidalo —susurró Winston, lívido—. Quédate aquí quieta, no pienses en nada, relájate. Lo ideal sería que durmieras. No pienses en nada, Paula, ¿de acuerdo? Cuando lleguemos a Lido di Ostia no encontrarás en el yate ni rastro de lo sucedido. ¿De acuerdo?

¿Puedo dejarte sola ahora?

—¿Y... y el otro..., el que estaba contigo?

—Olvidalo todo. Y procura dormir. Te despertaré cuando lleguemos a Lido di Ostia.

* * *

No fue necesario que la despertara. Poco antes del amanecer, cuando estaban llegando a Lido di Ostia, Paula apareció en cubierta, y se reunió con Winston en la cabina de mandos. Llevaba unos «short», un jersey listado horizontalmente en blanco y azul, y calzaba sandalias. Ella captó la leve sorpresa de Winston y murmuró:

—Me rompieron la ropa. Me he puesto lo primero que he encontrado en el camarote.

—Apuesto a que es de alguna de las amiguitas que tu productor suele invitar al yate.

¿Has dormido?

—A ratos, nada más. —Paula le besó en un lado de la boca—. ¿Y aquellos hombres?

—Pescando en el fondo del mar.

—¡Los has tirado al mar!

—No iba a llevármelos a casa para ponerlos en una vitrina como recuerdo de Italia. Hay recuerdos mejores. Además, no merecían nada mejor. Conozco esa clase de sujetos, y créeme, están bien donde están. Vaya, no estás muy guapa esta mañana, con el ojo tan

hinchado.

—Winston, ¿qué vamos a hacer ahora?

—He estado pensando todo este tiempo, y creo que he encontrado una pista. En realidad, la he tenido siempre a mi alcance, pero supongo que mi mente la rechazaba inconscientemente: nunca es agradable sospechar de un policía.

—No te comprendo.

—Me he estado preguntando qué hacía Scorza allí. Ya sabes, el inspector de policía. Y sus dos compañeros. Dudo mucho que Walter Bush los invitara a la fiesta, así que me pregunto: ¿qué hacían allí?

—Tal vez los invitó por si ocurría algo... inesperado. Había mucho dinero y muchas joyas en la fiesta.

—Sí, pero Bush no habría metido a tres policías en su casa aquella noche precisamente. Y si lo hubiera hecho, me habría advertido de ello, estoy seguro. De todos modos, tendrás que volver a llamar a Lola Sánchez, para preguntárselo, pues tengo que admitir que quizá a ella sí se lo dijo Bush. En fin, tengo que asegurarme, pues no quisiera cometer un error que sería gravísimo.

—Puedo llamar a Lola desde Lido di Ostia.

—Si, pero no le dirás nada de esto en esa llamada, pues podrían escuchar desde la centralita. Le dirás que a las nueve de la mañana salga del hotel y llame desde un teléfono de línea directa al número que le indicaremos.

—¿Qué número?

—Todavía no lo sé. Tendremos que buscar un sitio en el que hay teléfono y donde podamos esperar que Lola nos llame. Tiene que ser un sitio tranquilo, donde estemos seguros. Buscaremos...

—Podríamos ir a la casa de mis padres.

Winston se quedó mirándola atónito.

—¿Tus padres? —farfulló.

—Soy una persona normal, ¿sabes?: nací del vientre de mi madre, engendrada por mi padre.

—Vaya... ¡De modo que ahora quieres presentarme a tus padres!

—Están en París estos días, en el apartamento que tengo allí.

—Decididamente, enseñar las carnes es rentable —masculló Winston—. De todos modos, no me parece prudente volver a Roma.

—Mis padres no viven en Roma, sino en un pueblecito llamado Monterotondo, a unos veinte kilómetros al Norte. Tienen una

pequeña granja.

—Que tú les compraste:

—Sí. Me pareció que se lo merecían.

—Después de haber hecho un trabajo como tú, se merecen eso y más —acabó por sonreír Winston—. ¿Y a qué se dedican allí? ¿A la cría de gallinas?

—Pues sí.

—Chocante. Y apuesto a que incluso tienen teléfono.

—Sí. Es una granja, pero resulta un sitio muy agradable y confortable.

—Eres una buena hija. Contigo se va de sorpresa en sorpresa. Bueno, espero llegar a Lido di Ostia antes de que sea completamente de día, para meterme en el maletero del Mercedes sin llamar demasiado la atención. Entre unas cosas y otras serán alrededor de las ocho cuando llames a Lola desde esa granjita con gallinas..., que por cierto: ¿quién las cuida si tus padres están en París?

—Un vecino. Pero le llamaré para decirle que hoy no hace falta que vaya, pues me cuidaré yo de ellas.

—¡Hasta aquí podríamos llegar! —exclamó Winston—. ¡No me digas que entiendes de gallinas!

—Te aseguro que no provengo de una familia real.

—De pasmo, vamos. Oye si hay gallinas habrá huevos, ¿no?

CAPÍTULO VI

Estaban desayunando huevos fritos con tocino cuando sonó el teléfono en la sala de la casa. Se miraron y Winston murmuró:

—Ésa debe ser Lola, que ha encontrado un teléfono adecuado, tal como le indicaste. Vamos allá. Pero contesta tú.

Fueron a la salita, y Paula atendió la llamada. Era Lola, en efecto, y Paula le pasó el auricular a Winston.

—Lola, cariño, ¿cómo estás?

—...

—Ya verás cómo te irás serenando. Esto te pasa por ser tan emotiva: las chicas como tú, que se dedican a la profesión de amantes, deberían ser menos afectuosas.

—¿...?

—Mujer, claro que yo también siento lo ocurrido a Walter, y a decir verdad me va a costar una bronca que me lo hayan matado ante mis narices, pues vine a Italia precisamente para ayudarle, pero ¿qué puedo hacer? En lo personal, no me importaba tanto como a ti, no vamos a engañarnos, ¿verdad? Dime una cosa: ¿dónde estás exactamente ahora?

—Bien. ¿Te has asegurado de que nadie te seguía?

—...

—De acuerdo, de acuerdo, ya sé que no eres ni mucho menos una Mata Hari. Otra cosa: ¿acostumbrabais invitar policías cuando dabais una fiesta?

—...

—No, ¿verdad? Entonces, dime: ¿qué hacía allí el inspector Scorza y sus dos colegas?

—...

—No tienes ni idea... Claro. Y Walter tampoco los invitó, si no

acostumbraba a hacerlo.

—...

—Está bien. Escucha, Lola, yo estoy ahora en una casita en el campo, cerca de un pueblo llamado Monterotondo, al Norte de Roma, a unos veinte kilómetros. Te voy a explicar con detalle cómo se puede llegar a ella. Luego, regresas a tu hotel y llamas por teléfono al inspector Scorza... ¿Sabes dónde localizarlo?

—...

—Estupendo. Tendrás que contarle un cuento chino a ese policía, para atraerle a este lugar. Insistirás que tiene que acompañarte él solo. Y para convencerlo puedes decirle que te he llamado por teléfono al hotel, para pedirte ayuda para escapar de Italia con el sobre que me llevé. Dile que te he dicho que con ese sobre tú y yo podemos conseguir mucho dinero, y muéstrate enfadada conmigo, di que no esperabas una cosa así de mí, en fin, déjame hecho un asco. ¿Podrías hacerlo? Piénsalo bien, porque si no te ves capaz...

—¿...?

—Francamente, sí, pero que Scorza tiene algo que ver en este asunto. Pero, quiero asegurarme. No le digas que estoy en este lugar, sino que te he citado aquí esta tarde. Eso le hará venir, confiado, para tenderme una trampa cuando yo llegue. ¿Lo estás entendiendo, Lola?

—...

—Bien. Entonces, escucha atentamente a fin de que puedas encontrar esta casa...

Tres minutos más tarde. Winston Yates colgó el auricular, y regresó a la cocina, acompañado de Paula, que había estado a su lado en todo momento.

—Los huevos están fríos —masculló Winston.

—¿Qué piensas hacer con Scorza? —murmuró Paula—. Lo que sea necesario.

* * *

Era poco antes de mediodía cuando el inspector Renato Scorza detuvo el coche en la pequeña explanada entre la casa y el alargado cobertizo, desde el cual, cuando apagó el motor, llegó el cacareo de

alguna gallina. Un poco más allá se veía un trozo de terreno bien cuidado, con plantas verdes que Scorza supuso que eran lechugas; no tenía ni idea. Lo que sí distinguió fue las tomateras, cerca de las supuestas lechugas.

Salvo el cacareo de las gallinas había un gran silencio allí. Y sol. Un radiante sol de verano que parecía poner como una neblina en la distancia. El calor era terrible.

Scorza volvió la cabeza hacia Lola, sentada a su derecha.

—¿Seguro que es aquí? —masculló.

—No hay ninguna otra casa por estos lugares, así que tiene que ser aquí —asintió Lola—. La única casa que hemos visto está medio kilómetro atrás, y allí había gente. El señor Yates me dijo que no había nadie en esta casa, que era de un amigo de un amigo suyo. Y además, ahí está el gallinero que me mencionó.

Scorza volvió a mirar hacia el gallinero, cuya puerta estaba cerrada. Luego, miró de nuevo hacia la casa y asintió.

—Vamos allá.

Se apearon del coche y fueron hacia la casa. Junto a la puerta había una maceta, entre cuyas hojas metió la mano Lola, retirándola con la llave. Scorza señaló la puerta, y la muchacha abrió. Entraron los dos. Había un pequeño vestíbulo, y a la izquierda una salita, cuya puerta estaba abierta. Scorza echó un vistazo a la salita. Los postigos estaban entornados, y la penumbra resultaba fresca y agradable.

—Siéntese ahí —señaló Scorza un sillón—. Voy a echar un vistazo por el resto de la casa.

—No hay nadie.

—Siéntese.

Salió de la salita. Regresó dos minutos más tarde. Lola Sánchez estaba sentada en el sillón y se quedó mirándole en silencio. Estaba guapísima, con un con junto estival de color azul claro, el cabello recogido dejando al descubierto la nuca.

Renato Scorza sacó su pistola de la funda axilar y de un bolsillo el silenciador, que acopló calmamente al arma. Luego, sin más, como si todo fuese un ensayo, apuntó a Lola Sánchez al pecho y disparó.

Plop, plop, plop...

Lola Sánchez efectuó tres grotescos y trágicos saltitos en el

sillón, emitiendo unos sonidos agudos y desesperados, mientras sus ojos se desorbitaban. Luego, quedó inmóvil, echada hacia el respaldo, con la cabeza apoyada en éste. Entre sus hermosos pechos aparecían ya las tres manchitas de sangre, que en seguida formaron una sola. Scorza metió la pistola en la funda axilar y sacó una pequeña radio que accionó.

—¿Me oís? —musitó.

—Sí.

—Podéis venir. Pero sin prisas, y sin llamar la atención. Dejad el coche bastante lejos.

Yo esconderé el mío.

—Pero estamos a más de un kilómetro...

—No tenemos prisa. Faltan horas para que el americano venga a casa. Procurad que nadie os vea. A medida que os acerquéis a la casa, mirad bien por si veis mi coche; si lo veis es que no lo habré escondido bien, y le buscaremos otro sitio.

—De acuerdo. Vamos allá.

Scorza cerró la radio, la guardó, y salió de la casa, sin concederle una sola mirada más al cadáver de Lola Sánchez. Desde el gallinero seguían llegando los cacareos. Scorza midió distancias y ángulos. Sí, el gallinero era un lugar estupendo para que se escondieran luego Mario y Giulio, a la espera de Winston Yates, al que sorprenderían por la espalda mientras él lo distraía apareciendo en la puerta de la casa.

Se fue hacia el gallinero, para convencerse de que el plan era factible, pero al pasar junto al coche recordó que debía esconderlo. Se puso al volante, y se alejó. Regresó cinco minutos más tarde, convencido de que el coche había quedado bien oculto. Echó un vistazo al gallinero, asintió complacido, y salió, cerrando de nuevo la puerta. Lo único que le preocupaba en aquel momento era que alguien pudiera llegar a la casa, pero se tranquilizó pensando que si el americano la había escogido para la cita con Lola era porque se trataba de un lugar seguro, al menos durante aquel día.

Regresó a la casa.

Y nada más entrar la punta del cañón de un rifle se clavó en su garganta. Scorza palideció y se quedó mirando el rostro de Winston Yates al final del rifle. Yates estaba mucho más pálido que él. Estaba lívido, desencajadas las facciones. La mirada de Scorza se

desvió hacia la salita. Enmarcada en la puerta abierta vio al fondo a Lola Sánchez, sentada en el sillón. Volvió a mirar a Yates y tragó saliva.

Winston retiró de pronto el cañón del rifle de la garganta de Scorza, le dio la vuelta y le golpeó con la culata en la barbilla. La mandíbula crujió como una rama seca, y se partió como si de tal se tratara, mientras Scorza, girando, caía de bruces al suelo, aullando de dolor. Pero se revolvió velozmente, sacó la pistola..., y el puntapié de Winston se la arrancó de entre los dedos al golpearle en la muñeca, rompiéndola. Scorza pareció volverse loco lanzando aullidos, colocado ahora de rodillas. Winston se acercó a él un paso, y le clavó un punterazo en el plexo solar. Los ojos de Scorza giraron, y el hombre se fue hacia atrás, sin sentido. Winston lo agarró por un pie, y tiró de él hacia la salita.

Allá, de pie tras la puerta, estaba Paula Merli, pálida, aterrada.

—Sal de aquí —dijo Winston, soltando a Scorza en el centro de la salita—. Sube a uno de los dormitorios hasta que yo te llame.

—Dios... mío... Winston, ¿qué... qué... vas a... hacer?

El la agarró de un brazo y la sacó en volandas de la salita, gritando, descompuesto el rostro:

—¡Te he dicho que salgas de aquí!

Casi derribó a Paula, pero no hizo caso alguno. Cerró la puerta, se volvió y miró a Scorza. Luego, miró a Lola tal como la habían encontrado él y Paula cuando, al ver que Scorza se llevaba el coche, habían regresado a la casa desde el gallinero, donde habían esperado escondidos.

—Hijo de puta —jadeó, regresando la mirada a Scorza—. ¡Elijo de puta!

Se acercó a él y dejó caer el pie derecho sobre la mano izquierda de Scorza, que descansaba en el suelo. Los huesos crujieron como cacahuetes secos, y la mano quedó convertida en un pingajo. Scorza gimíó, se agitó, abrió los ojos... Recuperada completamente la conciencia, quiso llevarse las manos a la rota mandíbula, pero se quedó mirando ambas con expresión desorbitada; tenía rota la muñeca derecha, y convertida en papilla la mano izquierda. Lanzó otro aullido, y quiso ponerse en pie. Otro punterazo en el estómago lo echó de espaldas nuevamente. Renato Scorza tuvo la sensación de que comenzaba a flotar en un ámbito negro donde sólo había

dolor. Y miedo. Sentía un miedo espantoso.

Winston regresó del vestíbulo, con la pistola de Scorza, cuando éste de nuevo intentaba ponerse en pie. El americano apuntó a la rodilla derecha del italiano, y disparó. La pierna pareció saltar como a punto de separarse del cuerpo. El aullido de Scorza hizo vibrar los cristales y el hombre se desmayó de nuevo, con la rodilla destrozada.

Winston se arrodilló junto a Scorza y le quitó la radio y la billetera, a cuyo contenido echó un breve vistazo. No encontró nada que le pareciera digno de interés, salvo la credencial de Renato Scorza como inspector de la policía italiana. Se guardó la radio y la billetera, asió a Scorza por las solapas y lo tiró en un sillón.

Renato Scorza abrió de nuevo los ojos; turbia la mirada, tardó cuatro o cinco segundos en ver concretamente a Winston, de pie ante él, pistola en mano. En el acto, Scorza respingó, y acto seguido lanzó un berrido de espanto. Enmudeció de repente cuando la pistola la apuntó al centro del rostro.

—¿Por qué? —preguntó Winston quedamente, moviendo la cabeza hacia Lola.

Scorza quiso hablar, pero sólo le salió un tartamudeo absolutamente ininteligible.

—Tendrá que hacer un esfuerzo para hablar. Scorza, porque quiero algunas respuestas. Le he hecho la pregunta primera: ¿por qué? ¿Era necesario matar a una pobre muchacha sólo porque quiso ayudarme?

—La... la habríamos matado... de todas formas —jadeó Scorza —. Ella podía... saber algunas cosas que... que le hubiera dicho Walter Bush...

—De modo que estaba condenada a muerte y sólo esperaban la ocasión de quitarla de en medio.

—Lo habríamos hecho... esta noche, cuando ya todo estuviese más... tranquilo.

Winston aspiró hondo. Del bolsillo de la chaqueta sacó la radio que le había quitado a Scorza, y se la mostró a éste.

—¿Van a venir los otros dos?

—Sí... Sí.

—¿Cuánto tardarán?

—No sé... Estaban a un kilómetro cuando los llamé.

—Entonces, tenemos tiempo de terminar la charla. Realmente ustedes tres son policías, pero no están actuando como tales en este asunto, ¿verdad?

—No... No.

—Y están bien enterados de todo, ¿no es así? Vamos a ver si es cierto: ¿quién mató a Walter Bush?

—Lo hizo el otro americano, Morton Amberly.

—No. Amberly se habría llevado el sobre.

—No, no... Tenía que dejarlo, el sobre tenía que ser encontrado por nosotros tres, que simulando una... una indiscreción o torpeza profesional lo pondríamos en manos de unos periodistas italianos...

—¿Para que publicasen todo lo que Morton Amberly escribió a mano? ¿Para que el mundo entero se enterase de lo que escribió Amberly?

—Sí... Creo... creo que me voy... a desmayar...

—Hágalo. Lo despertaré a bofetadas, no se preocupe.

Scorza sacudió la cabeza. Le parecía que su cabeza se hundía y emergía alternativamente en frías aguas negras. El dolor de sus roturas óseas era horrible, sobre todo en la rodilla. La miró, torcida, llena de sangre la pernera del pantalón... La cabeza de Scorza pareció girar, y el italiano perdió de nuevo el sentido. Pero el piadoso descanso le duró poco, porque, en efecto, Winston Yates lo despejó a bofetadas, llenándole los ojos de lágrimas y produciéndole tal dolor en la rota barbilla que casi volvió a desmayarse una vez más.

Como procedente de otro planeta le llegó la voz de Yates:

—De modo que estaba planeado que Morton Amberly matase a Walter Bush, que sonase la alarma y que ustedes encontrasen al sobre, el cual, absurdamente, pondrían en manos de la prensa. Poco importaría que luego fuesen cesados como policías: ya tendrían resuelto el futuro económico por alguien, ¿no es así?

—Sí... Sí... sí.

—¿Es Amberly ese alguien?

—No...

—¿Quién es, entonces?

—No... no puedo hablar, me... me duele todo, voy a...

—¿Quiere que le destroce la otra rodilla?

—¡No!

—¿Quién es ese alguien?

—No lo sé... ¡No lo sé! Sé que Amberly fue a reunirse con ellos, después de matar a Bush, pero no sé quiénes son, yo sólo traté con Amberly.

—Entonces, dígame dónde está Amberly y se lo preguntaré a él. ¿Dónde está? Ah, ¿no quiere decirlo? Muy bien. —Winston apuntó a la rodilla sana de Scorza—, vamos a ver cómo le queda la...

—¡Se lo diré, se lo diré!

—Muy bien. ¿Dónde está?

—El... él me dio una dirección para que yo le avisara cuando... cuando todo hubiera terminado como fue... planeado.

—No puedo entender esto, ¡no puedo entender a Morton Amberly, maldita sea! —exclamó Winston—. Escribe de su puño y letra la descripción de una cosa tan horrorosa, en la que está directamente involucrado junto con otros americanos, y luego lo planea todo de modo que se publique, como si no le importase que fuese señalado como criminal de guerra. ¿Está loco ese hombre? Pero no... No puede ser tan simple. En realidad, todo fue planeado como si fuese un chantaje por parte de Walter Bush, ¿no es cierto?

—Sí... Sí, así es.

—Veamos si lo entiendo de una vez... Morton Amberly escribe una especie de cortas memorias que demuestran que él y otros americanos fueron criminales de guerra durante la Segunda Guerra Mundial. Y lo hace de tal modo que parece que esté escribiendo a alguien que ya sepa de qué va, como... cambiando recuerdos, haciendo... comentarios de tiempos pasados. Luego, entrega lo escrito a Walter Bush para que se lo guarde, y acto seguido procede a ingresar en la cuenta de Bush partidas de diez mil dólares. Finalmente, y quizá antes de lo previsto al comprender Amberly que Bush ha abierto el sobre, se procede un tanto precipitadamente al plan final, que consistía en matar a Walter Bush en circunstancias en que la Policía pudiera apoderarse del sobre y darlo a unos periodistas. Pero como la Policía italiana honesta y normal no haría semejante cosa, no daría publicidad a esos horrores, sobornan a usted y a otros dos, y ustedes se cuelan en la fiesta de Walter Bush a la espera de los acontecimientos. Todo sucede según lo previsto: Amberly mata a su antiguo camarada apenas éste ha abierto la, caja fuerte, y después de tirar unas cuantas cosas por el suelo, escapa

dejando el sobre al alcance de usted. Usted entrega el sobre a unos periodistas, se publica todo lo que sucedió, y sumado esto al dinero que Amberly ha ido ingresando en la cuenta de Walter Bush, se obtiene una fácil conclusión: Walter Bush había conseguido aquellos escritos de Amberly, y le estaba haciendo chantaje, pero Amberly, cansado de pagar cada mes diez mil dólares, decide cortar por lo sano, así que va a casa de Bush, lo mata, pero tiene que escapar sin haber podido recuperar el sobre. Así que se publica todo lo que sucedió, y Amberly, simplemente, desaparece, sin importarle que se sepa que fue un criminal de guerra y que en la actualidad es un asesino. ¿Esto es así, Scorza?

—Sí.

—Entonces, si Amberly no siente preocupación por el hecho de que le busquen como asesino y antiguo criminal de guerra, es que piensa desaparecer de la circulación de un modo... adecuado. ¿Qué es lo que piensa hacer exactamente Morton Amberly a partir de ahora?

—Eso no lo sé.

—Pero sabe dónde está esperando sus noticias, ¿no? Unas noticias que indiquen que, finalmente, los tres sujetos que fueron a esperarme en Nápoles me han cazado, me han matado en Roma, y me han dejado en un lugar en el que usted me encontraría y podría entregar por fin el sobre a los periodistas. Por cierto: los tres sujetos que me esperaban en Nápoles... ¿eran policías como usted?

—No. Los... los enviaron los amigos de Amberly cuando él debió decirles que usted lo buscaría.

—Ya entiendo. Y Amberly está ahora con esos amigos... ¿Dónde exactamente?

—En Palermo.

—De modo que se lo llevaron a la lista de Sicilia. Muy bien, en Palermo: ¿dónde de Palermo?

—En una villa de Via Emanuele Notarbartolo, frente a Villa Gonzaga, en el número 44.

—Fantástico —murmuró Winston—. ¿Le dio Amberly esa dirección tan completa y exacta?

—Sí..., claro.

—¿Y no le parece una imprudencia por su parte?

—Bueno, tenía que decírmelo, porque yo debía... ir allá cuando

hubiese hecho mi trabajo, para... para informar de que todo había... terminado bien y cobrar lo acordado. —Ya. ¿Debía ir usted solo o acompañado por sus dos amigos?

—Los tres, claro.

—Claro. Para matarlos allí, de modo que jamás podrían decir a nadie la verdad del asunto. Vamos, Scorza, ¿se_ sorprende usted? ¿Por qué otro motivo habrían de decirle dónde ha ido a esconderse Morton Amberly, dónde están sus amigos, esa gente que ha puesto en marcha el plan de que el mundo sepa lo que hicieron Amberly y otros militares norteamericanos? ¿De verdad cree que le citaron allí para felicitarle y pagarle? No, hombre. Les habrían matado a los tres, les habrían hecho desaparecer para siempre, y el mundo creería que era una represalia de Amberly y los demás criminales de guerra mencionados en su escrito. Y como Amberly jamás reaparecía, asunto reterminado. Me pregunto qué amigos de Amberly son éstos, qué es lo que pretenden realmente..., y qué piensa hacer en el futuro el propio Amberly. ¿Usted no lo sabe?

—No. Escuche, estoy... estoy desangrándome, y tengo... tengo tanto dolor que... que no puedo soportarlo...

Winston se disponía a replicar, pero en aquel momento se oyó fuera una voz masculina llamando a Scorza. Éste miró vivamente hacia una ventana, pero en seguida miró la pistola que le apuntó a la cabeza.

—Conteste —susurró Winston—. Bastará que les grite que está en la casa. Hágalo, Scorza.

Éste tragó saliva, y, como pudo, gritó:

—¡Aquí..., en la casa!

Winston se desplazó hasta detrás del sillón donde yacía Lola y se acucilló, asegurándose de que no se le veía desde la puerta. Scorza le miraba con expresión desorbitada.

—Mire hacia la puerta —ordenó Winston—. Y no diga nada más. Quiero que ellos entren aquí, eso es todo.

—Me... me verán herido, y...

—Tardarán lo suficiente en darse cuenta. Vienen de pleno sol, y aquí hay poca luz. Cuando se den cuenta, ya los habré controlado. Tenga cuidado con lo que hace o dice, porque si empiezo a disparar mi primer objetivo será su cabeza.

—¡Hey, Renato! —Sonó la voz en la puerta de la casa.

—Aquí —dijo con voz tensa Scorza.

Se oyeron las pisadas de los dos hombres, que entraron en la salita mirando ya desde el vestíbulo el cadáver de Lola Sánchez. Ciertamente, estaban bastante deslumbrados, quizá ni siquiera vieron la sangre ya seca en el pecho de la muchacha, pero sí captaron su actitud trágica en el sillón, y entonces Mario farfulló:

—Hombre, ¿ya te la has cargado? ¡Con lo buena que estaba, antes podríamos haberla...!

Winston Yates se irguió tras el sillón, y Mario enmudeció. Por el contrario. Giulio lanzó una exclamación, y llevó la mano velozmente hacia la axila izquierda...

Plop, disparó Winston Yates.

Mario lanzó un aullido cuando le salpicó la sangre que pareció explotar en la cabeza de Giulio, y mientras éste saltaba hacia atrás ya cadáver, aquél saltó hacia un lado, sacando la pistola precipitadamente...

Plop, disparo por segunda vez Winston Yates.

Mario lanzó otro aullido, giró, y cayó de bruces, con los pies hacia Renato Scorza, cuya lividez era cadavérica. Ya no pudo palidecer más cuando Winston le apuntó lentamente.

—No —jadeó—. ¡A mí no, a mí no...!

—De todas maneras te iban a matar —dijo fríamente Yates.

Y disparó por tercera vez.

Renato Scorza brincó en el sillón, y eso fue todo. Como su víctima, quedó sentado, pero no con la desorbitada mirada fija en el techo, sino con la cabeza caída sobre el pecho, como mirando el orificio de la bala que se había alojado en su corazón.

Winston Yates salió de la salita, y subió al piso donde estaban los dormitorios.

—¿Paula? —llamó.

La respuesta fue un sollozo. Guiado por éste, entró en una habitación. Paula estaba detrás de la puerta, pero se echó en sus brazos en seguida, balbuceando:

—Lle... llegaron... dos hombres, los... los vi por la ventana, y creí... creí...

—Ya ves que soy yo —murmuró él—. Tienes que ir a buscar tu coche, para llevarme otra vez a Lido di Ostia. Me llevaré el yate. No mires en la salita.

—¿Qué, qué ha pasado...?

—No te preocupes. Cuando regresen tus padres lo encontrarán todo limpio y en orden, como si nada hubiera ocurrido.

—Pe... pero ¿qué... qué ha... pasado?

—Ve a por el coche donde lo escondimos. Y no te des prisa. Necesito veinte minutos para dejar las cosas bien aquí.

CAPÍTULO VII

Cuando Paula regresó con el Mercedes, efectivamente parecía que no había ocurrido nada en la casa de sus padres. Todo aparecía limpio y en orden. El coche de Scorza seguía delante de la casa, pero lo que no sabía Paula era que en el maletero, arrugados y retorcidos, estaban los cadáveres de Mario, Giulio y Scorza.

Winston acudió a abrirle la portezuela a Paula.

—Será mejor que llames a esos amigos de tus padres y les digas que tienes que marcharte por un asunto inesperado. No podemos dejar desatendidas a las gallinas.

—Pero... ¿nos vamos ya?

—Sí. Quiero llegar cuanto antes a Lido di Ostia, para zarpar en el acto y llegar a la noche a mi destino.

—¿Qué destino?

—Será mejor que vuelvas a tu casa de Roma cuando me hayas dejado en Lido di Ostia.

—¿No puedo ir contigo? —Esta vez no.

—¿Y Lola? ¿Dónde está?

—Sígueme con tu coche. Bueno, será mejor que antes veas que todo está en orden en la casa, y que cierres la puerta. Cuando salgas, métete en el Mercedes y sígueme.

Paula salió de la casa cinco minutos más tarde, se metió en su coche, y miró una vez más el de Scorza, a cuyo volante estaba Winston Yates. Éste, por el retrovisor, veía a Lola Sánchez, sentada en el asiento de atrás, recostada en un rincón.

Puso en marcha el coche, Paula salió tras de él.

Cuando la policía encontrase el coche de Scorza se iba a armar un buen revuelo. Una de las cosas que comprobarían sería que las balas que habían matado a la muchacha española habían salido de

la pistola del inspector Scorza, pero no pensarían que había sido éste el asesino, sino que, utilizando la pistola del policía italiano, había matado a éste y a sus dos compañeros... ¡Al diablo todos!

Quince minutos más tarde, Winston detenía el coche en un camino, cerca de la carretera. Apagó el motor, se apeó, y entró en la parte de atrás, sentándose junto a Lola, a la que estuvo contemplando sombríamente unos segundos. Ya había cerrado los ojos de la muchacha, que ahora mostraba una insólita placidez blanda, como fatigada, en sus bellas facciones.

El americano se acercó más a aquel rostro, y besó los labios, ya fríos y duros.

—Adiós, Chin Chan Chon —susurró.

Salió del coche y se encaminó hacia el de Paula. Sentía una furia como concentrada, igual que si fuese una bola de hielo en el estómago. En la funda de Scorza llevaba la pistola de éste, y en el yate había quedado el otro rifle, que junto con el que llevaba en la mano, le hacía poseedor de armas suficientes para arrasar a toda aquella maldita gente, fuesen quienes fuesen..., y empezando por Morton Amberly, el maldito traidor además de criminal de guerra.

Paula había detenido su coche lo bastante cerca del de Scorza para poder ver, finalmente, a Lola sentada en la parte de atrás. Cuando Winston entró en el Mercedes la muchacha fue a preguntarle algo, pero desistió al ver su expresión, y reanudó la marcha hacia Lido di Ostia.

Sólo un par de minutos más tarde, murmuró:

—¿No te escondes en el maletero?

—No me da la gana.

—Oh, Dios mío —gimió la muchacha, asustada por la actitud de Winston.

Éste la miró y forzó una sonrisa.

—Perdona. Estoy furioso... Pero me habré tranquilizado cuando llegue allá. Tengo que llegar en mejor estado de ánimo que ahora, o cometería una barbaridad.

—Nunca pensé que pudiera haber gente... como vosotros en el mundo. Os matáis como... como...

—¿Como fieras?

—Me parece que no. Tengo entendido... que las fieras... no son tan fieras. Yo diría... que estáis locos, Winston.

—Quizá tengas razón —asintió él—. Sí, seguramente estamos todos locos. Nos estamos matando por cosas que sucedieron en una guerra que hubo cuando tú y yo no habíamos nacido aún. Y tampoco había nacido Lola.

—¿Por qué la han matado a ella? Y de ese modo, así...

—La han matado porque podía saber cosas que no conviene a unas cuantas personas...

¡Dios!

—¿Qué pasa ahora? —Respingó Paula.

Winston había vuelto la cabeza hacia ella, y la miraba como asustado, con lo que Paula se asustó a su vez.

—Vendrás conmigo —dijo Winston.

—Pero antes has dicho...

—¡Y ahora digo que vendrás conmigo!

Llegaron a la carretera. Paula estaba lívida. Miró de reojo a Winston.

—Quieres llevarme contigo porque yo también sé ahora algunas cosas, y temes que puedan matarme, ¿no es así?

—Claro que no: simplemente, me gusta tu compañía.

—Gracias por querer tranquilizarme, pero sé que es por lo que yo he dicho. Winston, ¿quién eres..., qué eres?

Winston Yates vaciló unos segundos antes de murmurar:

—Soy un agente especial del servicio de seguridad militar de los Estados Unidos. Walter Bush nos avisó cuando leyó unas... pequeñas memorias que había escrito Morton Amberly, compañero suyo durante la guerra. Se asustó, y pidió ayuda. Puesto que él había sido militar no sólo durante la guerra, sino varios años después de que terminase, el servicio le envió ayuda: yo. Y ya ves de qué le ha servido mi ayuda: ahora está muerto.

—¿Vas a tener problemas por eso?

—Soy uno de los mejores hombres del servicio —masculó Winston—, pero espero que entiendan que no soy todopoderoso, ni tan siquiera infalible. Del mismo modo que han matado a Bush, podrían matarme a mí, y es de suponer que entonces no me reprocharían nada... Lo menos que puede esperar quien se juega la vida es que sus jefes acepten algún que otro fallo. De todos modos, si consigo cazar a Morton Amberly antes de que escriba de nuevo esas memorias...

La frase le salió sola, espontáneamente. Y acto seguido quedó mudo, atónito. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Morton Amberly podía perfectamente escribir de nuevo la descripción de lo que ocurrió años atrás en cierta pequeña localidad alemana, cuando las tropas norteamericanas iban avanzando todavía penosamente hacia Berlín.

Sí, podía escribirlo sin problema alguno, y entregarlo a otros periodistas, italianos o en cualquier otro país. Y entonces, ¿por qué ese empeño en cazarlo a él y recuperar las primeras memorias de Amberly?

Y de pronto, lo comprendió: tenían que recuperarlas porque si Amberly daba a publicar por cualquier otro conducto el relato de aquellos lejanos hechos, y él, a su vez, presentaba el primer escrito de Amberly, el público desconfiaría. Ya no se podría simular que aquella «carta» había sido robada y publicada contra la voluntad de Amberly, pues el hecho de que hubiese otra «carta» igual o parecida resultaría demasiado chocante, el asunto olería a jugada sucia. De modo que, o bien tenían que cazarlo a él y recuperar la primera «carta», para dejarla sobre su cadáver y que Scorza la diese a la prensa, o el plan les habría fallado, en cuyo caso, ahora era absolutamente imprescindible para Amberly y sus amigos recuperar la «carta» que él tenía..., o nada les habría servido de nada. Se echó a reír, de pronto, y Paula le miró desconcertada.

—¿De qué te ríes?

—Dime una cosa, cariño: ¿de verdad me amas y eres una chica honesta?

—De verdad te amo —murmuró Paula—. En cuanto a lo de honesta... Bueno, ya sabes que enseño... las carnes.

—Eso son tonterías. Hay gente que no las enseña y son malvados como demonios. Vamos, Paula, no debes tornarte en serio mis refunfuños sobre el hecho de que enseñes o no tus pechos en la pantalla, insignificancias. Además, tus son tuyos, ¿no?

—Y tuyos —sonrió la actriz— a partir de ahora, si tú quieres.

—Es la mejor oferta que me han hecho jamás, y como no soy un memo total, la acepto. Mira. Paula, si seguimos juntos y tú decides seguir haciendo cine, y hasta enseñar las tetitas alguna vez, por mí está bien. Eso son minucias. No me importará que enseñes los pechos y la barriguita, pero, Paula, no me mientas: ¿puedo confiar

en ti?

—Yo nunca miento —murmuró Paula.

—¿Y estás de mi parte?

—Sí... ¡Sí!

—Entonces, te lo diré. Dentro de este coche está lo que esa gente quiere: un sobre color tabaco conteniendo unas revelaciones terribles de Morton Amberly. Lo escondí bajo el tapizado del maletero —señaló hacia atrás—, y allí lo encontrarás si yo no regreso a tu lado...

—Oh, Winston...

—Seamos realistas. Pueden matarme. Si lo consiguen, quiero que saques ese sobre del maletero, lo cierres sin *leer nada* de lo escrito en esas malditas páginas, y lo pongas en lugar seguro. Acto seguido llamarás por teléfono a un número de Londres que te aprenderás de memoria. Te contestará un hombre, y tú solo tienes que decirle: le llamo de parte de Winston Yates, primo Harry, y tengo una cosa para usted. A partir de ese momento, él te dirá lo que tienes que hacer.

—¿Y le entrego el sobre?

—Sí.

—¿Y qué más?

—Nada más —murmuró Winston—. Te vuelves a tu casa, esperas a tu productor, y sigues haciendo cine.

—Y tú estarás muerto —susurró Paula—. Sí. Pero ni muerto te olvidaré.

* * *

—¿Y no sería mejor que no murieras? —suspiró Paula.

—Infinitamente mejor —admitió Winston—. Sería una estupidez perder el privilegio de gozar de tus carnes en directo..., y no sólo con la vista.

—¿Sólo te gustan mis carnes, de mi?

—No —susurró Winston, inclinándose hacia ella y besándola en la boca suavemente—. No. Eres una chica excepcional, Paula, y sólo un cretino pensaría sólo en tus carnes. Te amo.

Ella volvió a suspirar y se abrazó al cuello de Winston Yates. Se hallaban ambos desnudos en la cubierta del yate, rumbo a Sicilia, y

acababan de hacer el amor bajo el radiante sol de la tarde, en mar abierto. Ni una sola embarcación, nada, como si estuviesen solos en el mundo.

No se había cumplido ninguno de los temores de Paula, ni siquiera cuando llevaron el yate a repostar.

Nadie les molestó ni les preguntó nada, ninguna patrulla policial se interesó por el Mercedes. Si la policía italiana estaba buscando a Winston Yates lo estaba haciendo muy nial. O quizá, simplemente, lo que menos esperaba era tenerlo ante las narices.

El largo beso terminó, y luego Winston se apartó suavemente de la muchacha.

—Sigue tomando el sol —sonrió—. Yo voy a pilotar manualmente el yate, y a darle toda la velocidad. Si mis cálculos nos fallan llegaremos a Palermo alrededor de las diez de la noche.

—Y a partir de entonces, quizá no te vuelva a ver más.

—Pero recuerda: ni muerto te olvidaré.

CAPÍTULO VIII

En el número cuarenta y cuatro de Via Emanuele Notarbartolo había, en efecto, una villa, justo frente a Villa Gonzaga. No era, ni con mucho, una mansión como la de Walter Bush, pero parecía confortable y simpática. En el jardín había palmeras, y flores, muchas flores.

—Encantador lugar —se dijo Winston.

Eran las diez y cuarto de la noche, pero se veía luz, en varias ventanas de la casa. Circundando la propiedad había una vallita más bien simbólica, y no había rejas entre las dos columnas de la entrada, desconchadas y cubiertas de yedra.

Así que Winston Yates, simplemente, entró en la propiedad, y se dirigió tranquilamente hacia la casa. Pero no caminó más de siete u ocho metros de que apareciera ante él un hombre, procedente del tupido jardín.

—¿Busca a alguien, señor? —le preguntó el hombre.

—Sí. Al señor Morton Amberly.

—¿Morton Amberly? Me parece que se equivoca... ¿Quién es usted?

—Inspector Renato Scorza, de la policía romana.

El hombre se quedó mirándolo especulativamente a las luces que llegaban de la casa. Winston no podía verle bien el rostro, pues la luz le llegaba por detrás al sujeto. Éste preguntó de pronto:

—¿Viene usted armado?

—Claro. Traigo mi pistola.

—Deberá entregármela.

—De acuerdo.

Winston sacó lentamente la pistola de Scorza y la tendía al hombre. Éste movió la cabeza hacia la casa, y los dos se

encaminaron hacia allí. El hombre llamó a la puerta, que se abrió a los pocos segundos, dejando visibles a otro hombre parecido, alto, fuerte.

Copias casi idénticas de Pito, Flauta y Violoncelo.

—Es Scorza —dijo el vigilante del exterior—. Ha preguntado por el señor Amberly.

—Todo está bien —dijo el otro—. Venga conmigo. Scorza. Están todos en el salón.

Winston Yates retorció una sonrisita. Estaba claro que nadie de allí conocía a Renato Scorza. Es decir, nadie salvo Morton Amberly, naturalmente. Se prometió a sí mismo mirar bien su cara para ver su expresión cuando lo presentaran como Renato Scorza. Al menos se divertiría con eso.

El hombre abrió la doble puerta, y del interior del salón brotó el rumor de una animada conversación, que cesó bruscamente. Olía a tabaco hasta la náusea, y naturalmente, el salón estaba lleno de humo.

—Ha llegado el inspector Scorza —dijo el hombre.

Winston entró. En el acto, de un sillón saltó un hombre de alrededor de sesenta años, alto, algo ventrudo y casi completamente calvo, con lentes.

—¡Ése no es Scorza! —exclamó—. ¡Es el americano!

Hubo un instante de pasmo, que Winston aprovechó para recrearse en la contemplación de la sobresaltada, alarmada expresión del hombre que había saltado. —¿Qué tal, Amberly? —saludó—. Naturalmente, me vio usted en la fiesta de su «amigo» Walter, mientras se deslizaba entre las sombras del jardín hacia la casa. Yo no le vi a usted. Y ahora que le veo, me alegro de ello: habría estado feo vomitar en plena fiesta.

La estupefacción había cedido. El hombre que le había acompañado apuntaba ahora a Winston con su pistola. Con Amberly había cuatro hombres más, dos de los cuales también habían sacado sus armas para apuntar al visitante.

—¿Cómo demonios ha llegado usted aquí? —jadeó Amberly.

—A nado. ¿Puedo sentarme?

—¿Dónde está Scorza? —Chirrió la voz de Amberly.

—En el infierno, pagando sus culpas. Veo que están tomando *whisky*... ¿Puedo servirme?

—¡No! ¡Y si cree...!

Uno de los hombres que no había empuñado arma alguna hizo un gesto, y Amberly se calló. El hombre miraba con curiosidad casi afable al americano.

—Sírvase, señor Yates, por favor. Considérese en su casa.

—De eso, nada: en mi casa no tengo perros. Pero gracias por el *whisky*.

—¡Ha matado a Scorza! —aulló Amberly—. ¡Y debe saber...!

—Cállese, Amberly —cortó secamente el mismo hombre de antes—. Estamos atendiendo a un invitado. Un invitado especial, que no sólo tiene muchas agallas y recursos, sino que, además, no debe tener un pelo de tonto. ¿Cierto, señor Yates?

—Cierto —asintió éste, alzando su vaso de *whisky* recién servido—. Salud para todos, caballeros.

—Muy amable. ¿Ha venido usted solo?

Winston se quedó mirando con gesto de pasmo al hombre. Luego, tras mover la cabeza como disculpando la estupidez humana, bebió un trago de *whisky*. El otro movió la cabeza, sonriendo.

—Claro que no ha venido solo, ¿verdad? —susurró.

—¿Usted habría venido solo?

—No. Está bien, señor Yates: ¿cuál es su proposición?

—¿Tengo que hacer alguna proposición? —Alzó las cejas Winston.

—Dentro de esta villa hay una docena de hombres armados y muy bien entrenados —informó el otro—. Salvo que haya un... acuerdo razonable, las cosas se pondrán mal para todos, empezando por usted, naturalmente. Y usted lo sabe. De modo que ha venido aquí con un póquer de ases.

—Yo más bien diría un póquer —sonrió Winston—, pero no vamos a discutir sobre ese detalle. ¿Quiénes son ustedes?

El hombre sonrió. Eso fue todo. El silencio era total. Todas las miradas estaban fijas en Winston Yates, que bebió otro trago y se dejó caer en el sofá. Cruzó las piernas, encendió un cigarrillo, y miró a Morton Amberly:

—Tengo su escrito, Amberly. Lo que significa que aunque usted redacte otras «memorias» no servirán de nada. Nadie se tomaría en serio que usted escribiese una cosa así por duplicado. Pero creo que

eso ya lo han comprendido, ¿verdad?

—Estábamos hablando precisamente sobre eso —dijo el que parecía dirigir el grupo—. Es verdad que usted nos ha complicado mucho la jugada, señor Yates. A propósito: ¿no tuvo usted un... encuentro en Nápoles con tres amigos nuestros?

—Sí, por desgracia para ellos.

—Entiendo. Debo suponer que las memorias de Amberly están el lugar seguro.

—Bien supuesto. En cuanto a esas «memorias», vamos a... comentarlas un poco, si les parece bien.

—No creo que merezcan muchos comentarios.

—Yo sí lo creo —susurró Winston—. Son escalofrantes, y me pregunto qué pretenden dándolas a conocer al mundo. Nadie ha dicho que los americanos seamos unos angelitos del cielo, y los crímenes de guerra se cometieron en todas partes.

—Es usted muy ecuánime, señor Yates. Pero se está olvidando de que la propaganda norteamericana siempre ha puesto a sus soldados como modelos de ingenuos, valientes y nobles muchachotes...

—Señor X —le interrumpió secamente Winston—, no estamos en la televisión americana, así que dejémonos de mentiras y tonterías. Veamos, en el relato de Amberly no sólo se explican algunas... atrocidades que cometieron las tropas norteamericanas en Europa durante su marcha hacia Berlín, sino que se hace mención especial de algo verdaderamente horripilante. Como quiera que todos ustedes ya conocen ese hecho, no tengo inconveniente en mencionarlo. Según el señor Amberly, esos hechos escalofrantes fueron los siguientes... Durante el avance hacia Berlín, los aliados fueron encontrando pequeñas localidades alemanas repletas de refugiados alemanes que, en muy notable cantidad de ocasiones, se negaban a rendirse y desalojarlas. Personal civil, señor X, casi siempre desarmado, pero terco en sus posiciones, en sus hogares: Las tropas americanas, sin embargo, debían ocupar esas localidades y registrarlas para asegurarse de que no quedaban en ellas tropas alemanas ocultas o cualquier otra clase de peligro que quedaría a retaguardia. Algunas veces esas localidades podían ser ocupadas sin excesiva violencia, pero otras veces la cosa resultaba mucho más complicada, dada la tenacidad de los civiles alemanes..., y la

renuncia de los soldados americanos a entrar a sangre y fuego en un lugar donde sólo había, por lo general, niños, mujeres y ancianos...

—Nadie ha negado que también hubiera soldados americanos con conciencia, señor Yates.

—Ésos eran los demás. Pero en todas las familias hay ovejas negras, ¿no es cierto? De modo que los mandos buscaron entre las tropas americanas esas ovejas negras, les dijeron que eran un... comando especial, y los enviaron por delante de las tropas normales para... abrir brecha. En uno de esos comandos especiales estuvo el señor Amberly, el cual explica en su escrito que cuando entraban en un pueblecito no se andaban con miramientos de ninguna clase. Mas, lógicamente, también algunos de los componentes de esos comandos caían en la atroz lucha contra civiles, y entonces..., ¿qué hacían los restantes miembros del comando? Pues, dejaban las cosas preparadas de tal modo que parecía que esos soldados del comando especial muertos habían sido asesinados por los civiles alemanes, y los dejaban bien a la vista de los soldados normales, que, no menos lógicamente, se sentían motivados en su lucha contra los alemanes. Y así fue como de grupos de soldados se hicieron criminales de guerra..., uno de los cuales fue el señor Amberly.

—¿Cree usted que es mentira lo que dice Amberly?

—No lo sé. Supongo que podría probarlo, ya que menciona a otros hombres como él que todavía viven. Pero, señor X, lo que hicieron esos comandos no refleja en modo alguno el comportamiento general de las tropas americanas o aliadas. Era sólo un ardid de guerra..., no tan brutal como algunas cosas que hicieron en el otro bando. Y le pregunto: ¿Vale la pena remover todo eso ahora, treinta y seis años después?

—Sí, vale la pena, al menos para nosotros, porque nos pagan para ello.

—Les pagan... ¿para qué?

—Usted ha omitido explicar una parte del escrito de Amberly, señor Yates —sonrió X.

—Es lo más odioso que he oído jamás. Tan sólo pensando... A decir verdad, todavía no puedo creerlo.

—Pues es cierto: cuando no se producían bajas en esos comandos especiales que rompían el cerco de los civiles, eran los propios miembros del comando quienes asesinaban a un par de

compañeros, para que hubiesen víctimas que motivasen a las tropas.

—¡Eso no pudo ser ordenado de ninguna manera por los mandos americanos!

—No —aceptó X—, claro que no, pero el hecho cierto es que ocurría. Y ello porque los miembros de los comandos sentían mucho interés por esas incursiones avanzadas en las que conseguían un botín personal muy considerable. Les interesaba seguir de esa manera. Así que cuando los civiles alemanes no les hacían bajas, se las hacían ellos mismos.

—¡Pero no porque hubieran recibido esas órdenes!

—Claro que no, pero... podían haberlas recibido, ¿no le parece?

—¡No!

—Vamos, no se ofusque, señor Yates.

—¡Aquellos comandos especiales eran bestias inmundas que no tenían nada en común con las verdaderas tropas americanas!

—De acuerdo, de acuerdo. También estamos de acuerdo en que los comandos especiales no recibían órdenes de asesinar a sus compañeros cuando fuese... conveniente. Pero, señor Yates, el señor Amberly dice en su escrito que sí, que esas órdenes provenían del alto mando americano...

—¡Es mentira!

—¿Por qué se excita tanto? Ya sabemos que es mentira, pero el señor Yates lo explica como si fuese verdad, y nosotros sabemos que en muchas partes del mundo esa mentira sería creída. Así que tras laboriosa búsqueda, encontramos al hombre que se prestó a aportar la... documentación necesaria a cambio de ello, el señor Amberly, que estaba prácticamente arruinado, recibiría una importante cantidad de dinero, asilo político en determinado país y, cuando ya hubiera hecho por televisión las mismas declaraciones que por escrito, sería intervenido quirúrgicamente de modo que nadie podría ya encontrarlo. Comprenderá usted que un plan así requería muchos detalles complementarios que le diesen la máxima verosimilitud, así que por eso ideamos lo del señor Bush; tenía que parecer que Bush, otro ex combatiente y amigo personal de Amberly, como se sabría más adelante, se había apoderado de los escritos de Amberly a otro compañero, y que le estaba haciendo chantaje. Todo bien pensado, bien calculado..., y llega usted y lo desbarata todo. Señor Yates: ¿quién es usted?

—Creo que yo pregunté eso primero —jadeó Winston—: ¿quién demonios son ustedes?

—Se nos podría definir como... mercenarios del espionaje. Y nuestra misión, usted lo habrá ya comprendido, consiste en hacer públicos esos hechos, especialmente los de los asesinatos de los comandos americanos por sus propios compañeros.

—¡Una puerca mentira si dicen que esos asesinos tenían tales órdenes del alto mando!

—Una puerca mentira, en efecto, pero la diremos.

—¿Quién les paga para eso? ¿Qué país? ¿Qué pretenden?

—No le vamos a decir qué país nos ha encargado poner en marcha toda esta maquinaria, señor Yates. En cuanto a lo que pretendemos, lo pregunta porque está muy ofuscado. Si estuviese más tranquilo no tendría necesidad de preguntarlo, ya lo habría comprendido.

Winston Yates cerró los ojos, y aspiró hondo. Estuvo inmóvil unos segundos, y por fin abrió los ojos, de pronto.

—Dios —jadeó—. ¡Las tropas americanas!

—¿Qué pasa con las tropas americanas? —sonrió X.

—¡Lo que están tramando ustedes es provocar el más alto grado de desmoralización entre las tropas americanas *actuales* en todo el mundo! ¡Quieren hacerles saber que en determinado momento, si así le conviene al Alto Mando, serían asesinados por sus propios compañeros, como creerían que sucedió en Alemania hace casi cuarenta años...! ¿Es eso lo que están tramando? ¡¿Es eso?!

—El defecto que tienen los buenos profesionales como usted, señor Yates, es la... emotividad, el patriotismo. Nosotros, en cambio, somos mucho más fríos: hacemos lo que nos dicen que hagamos, si nos pagan bien, y asunto terminado. Lo demás no es cuenta nuestra.

—¡Una información como ésa, que además es falsa, sería como un cáncer gigantesco en todas las fuerzas armadas de Estados Unidos! —jadeó Winston—. ¿Quién les ha pagado para hacer eso? ¡Malditos sean todos ustedes!, ¿quién? ¡Quiero saberlo ahora mismo!

—¿Qué nos ofrece a cambio? —rió X.

—¿A cambio? ¡Hijos de puta...!

—Vamos, no sea absurdo. Las palabras no significan nada para nosotros. ¿Qué nos ofrece, señor Yates?

—La vida. ¡Díganme quién les ha pagado, quién ha financiado toda la operación, y pasaré a mis compañeros la orden de que los dejen escapar!

—Pero, señor Yates, si podemos escapar de todos modos... ¿No lo comprende? Mientras tengamos con nosotros a Morton Amberly, somos poderosos. Porque supongamos que ahora le matamos a usted, y que sus compañeros nos atacan. Seguramente, algunos de mis hombres y hasta quizá yo mismo moriríamos, pero otros escaparían, ¿verdad? Y esos que escapasen se llevarían a Morton Amberly, que volvería a la carga... ¿Quiere usted correr ese riesgo, señor Yates? ¡No puede usted hacer nada contra nosotros mientras tengamos a Amberly! Así que... ¿por qué no nos ofrece algo interesante? De lo contrario, lo mataremos a usted y nos enfrentaremos a sus amigos. Lo comprende usted, ¿no es cierto?

—¿Puedo servirme otro *whisky*? —suspiró Winston.

—Todos los que quiera.

Winston se acercó de nuevo a la mesita donde estaban las bebidas, se sirvió otro *whisky*, bebió un trago, y su mirada pareció saltar hacia Morton Amberly, que le observaba ceñudamente. También Winston frunció el ceño y se acercó a él, con el vaso en la mano izquierda.

—Por culpa de usted, cerdo traidor, auténtico criminal de guerra, se ha podido poner en marcha todo este asunto —se detuvo ante él, lívido—. Y le voy a decir una cosa: ¡vale la pena morir llevándomelo por delante!

—Por culpa de usted, cerdo traidor, auténtico criminal de guerra, se ha podido poner en marcha todo este asunto —se detuvo ante él, lívido—. Y le voy a decir una cosa: ¡vale la pena morir llevándomelo por delante!

Winston Yates movió el brazo derecho como sacudiéndolo, y la vieja navaja de resortes se deslizó por la manga y cayó en su mano. La hoja salió cuando ya Winston movía la mano hacia delante, con toda su fuerza, siguiendo una trayectoria ascendente.

Nadie tuvo tiempo de nada.

Con escalofriante rasgar de carne y chirrido entre dos costillas, la hoja de acero penetró en el pecho de Morton Amberly, alcanzándole el corazón por debajo. Fue un impacto brutal, que alzó del suelo a Amberly, ya muerto, y lo tiró de espaldas dos

metros más allá, con los ojos desorbitados, llevándose la navaja hundida hasta más allá del final de la hoja...

—¡No! —gritó X—. ¡Quietos!

Los dos hombres que habían apuntado precipitadamente a Winston dispuestos a disparar, retuvieron sobre los gatillos sus dedos crispados, ¡llameantes de furia sus ojos! X se acercó a Morton Amberly, lo examinó brevemente, miró a Winston, y volvió a su sillón.

—Nos ha colocado en una situación difícil, señor Yates.

Éste se bebió de un trago el *whisky* que había quedado en el vaso tras la fuerte sacudida, dejó el vaso y se limpió las manos de sangre y *whisky* con el pañuelo.

—Todavía pueden salir bien librados —murmuró—. Y ahora ya no conseguirían nada matándome y enfrentándome a mis compañeros, porque en el supuesto de que algunos consiguieran escapar, ¿cuánto tiempo vivirían? Sus amos se las arreglarían para que fuesen eliminados.

—Mucho me temo que sí —suspiró X—, pero usted no gozaría de su triunfo.

—Voy a hacerles una proposición, ahora sí —dijo Winston—. Bien pensado, no quiero saber qué país, seguramente, un supuesto amigo de Estados Unidos, les ha pagado para esto. No, por Dios, no quiero saberlo. De modo que éste es mi trato: yo voy a marcharme ahora, y ustedes se quedan. Dentro de una hora estaré lejos de la isla y ustedes podrán hacer lo que quieran. Pueden decirles a sus amos que yo he matado a Amberly sin que ustedes pudieran evitarlo, pero que no sé nada de nada, y que, simplemente, el plan ha fracasado, pero que ellos no corren riesgo alguno. Con esto, sus posibilidades de supervivencia serán del cincuenta por ciento. Pero si las cosas se complican aquí, no tendrán ninguna posibilidad. ¿Y bien?

Los cuatro hombres le miraban fijamente. Y lo mismo el que le había llevado hasta el salón, y que estaba ante la puerta. El silencio se prolongó casi durante un minuto.

Por fin, X suspiró, y miró al hombre de la puerta.

—Acompaña al señor Yates. Y avisa a todos de que nos marchamos de aquí inmediatamente..., salvo que el señor Yates esté haciendo juego sucio y de todos modos nos ataquen sus

compañeros.

—No hay juego sucio —gruñó Winston.

—¿Sabe que casi le creo? Buenas noches, señor Yates... Quizá volvamos a vernos.

Winston Yates se volvió, ya ante la puerta, y dijo:

—Será mejor para usted que no.

ESTE ES EL FINAL

El hombre estaba ante la ventana de la salita de la casa de los padres de Paula Merli, contemplando a ésta, que, en bikini bajo el radiante sol, se dedicaba a lavar el Mercedes por el simple procedimiento de rociarlo con el agua de una manguera.

Por fin, el hombre se volvió hacia Winston Yates, que le miraba atentamente, sentado ante una mesita en la que había café, cigarrillos, *whisky*... y un sobre color tabaco.

—Es una muchacha encantadora —murmuró.

—En efecto, señor —murmuró Winston—. Le sugiero que vea sus películas: desnuda está todavía más bonita.

—No creo, pero aceptaré su palabra, muchacho —el hombre, de unos cincuenta años, grises los cabellos, y grises también sus fríos ojos, volvió a sentarse frente a Winston—. También voy a aceptar su palabra de que no llegó a saber quién pagó a aquellos hombres. Aunque en realidad, no importa. Tal vez tenga usted razón y sea mejor ignorarlo. En fin, ha hecho usted un trabajo extraordinario, eso es indudable. Y me duele que un agente como usted deje el servicio. ¿Seguro que no volverá? Siempre será bien recibido.

—Quizá vuelva dentro de un par de años —admitió Winston.

—Espléndido. Le estaremos esperando. Pero dígame: ¿qué va a hacer durante esos dos años?

—Cuidar gallinas, señor.

El hombre se sorprendió. Luego, sonrió.

—Pues casi me da envidia, francamente. Bien, respecto a este sobre y su contenido..., ¿qué tal si nos fumamos un cigarrillo?

Winston asintió, ofreció tabaco al hombre, y tras encender ambos los cigarrillos, asió el sobre y le aplicó la llama en un ángulo. Estuvo sosteniendo el sobre hasta que la llama llegó a sus dedos, y

entonces lo soltó. Los dos estuvieron mirándolo hasta que quedó reducido a cenizas. Entonces, el visitante de Winston se puso en pie, tendió la mano a éste, y, sin más salió de la salita. Winston Yates no se movió. Oyó el motor del coche alejándose. Y sólo cuando todo quedó de nuevo en silencio salió de la casa.

Paula Merli seguía duchando el coche, pretexto tan bueno como cualquier otro para haber dejado antes solos a Winston y su visitante. Winston se acercó al grifo donde estaba conectada la manguera y cortó el agua. Paula se quedó mirándolo expectante, ansiosamente.

—Le has gustado mucho a mi amigo —sonrió Winston—. Me ha prometido que irá a ver tus películas.

—¿Y no te importa?

—Claro que no. Por mucho que te miren los demás, soy yo quien tengo el original.

¿Crees que me dejarían trabajar de extra en alguna de tus películas?

—¡Con lo guapo que eres ya lo creo que sí! —rió Paula.

—En realidad, prefiero cuidar gallinas. Por cierto, ¿has mirado si han puesto huevos?

—No... Todavía no.

—Pues vamos a verlo —se acercó a ella, la abrazó por la cintura, y la llevó hacía el gallinero—. Aunque seguro que han puesto huevos: para eso están las gallinas. Entraron, y Winston comprobó muy pronto que sí había huevos por recoger. Iba a hacer un comentario cuando Paula se abrazó a él, mirándole ansiosamente a los ojos.

—¿Te quedas? ¿Te quedas conmigo? —susurró.

—Sé juiciosa, cariño —susurró también Winston Yates—: si no te podría olvidar ni estando muerto..., ¿voy a prescindir de ti estando vivo? Cuando se besaron sólo se oyó el cacareo de las gallinas.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...